

Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la literatura policial: LA BAILARINA DE LOS PIES DESNUDOS (Novela completa), por René Vergara.
- * POEMA, por Mario Picado Umaña.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * De Germán Arciniegas: EL BOTIQUIN DE MAQUIAVELO.
- * Pintores mexicanos: LEOPOLDO ESTRADA, por Alfonso Enrique Barrientos.
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.
- * Los libros y los días: EL VICTOR HUGO DE ANDRE MAUROIS, por Ramón Sender.

San José, Costa Rica, 4 de Julio de 1954.

Nº 104

LA BAILARINA DE LOS PIES DESNUDOS

SE echó a la calle igual que una cajada quinceañera: fresca, franca, ruidosa e inquieta. Fernando Rodríguez quería mezclarse con esos centenares, millares de personas desconocidas; por fin iba a saciar sus ansias. Aquellos pesos iba a gastarlos al azar, en lo que viniera. Se sentía impulsado hacia afuera, se desbordaba.

De sus 33 años había pasado 15 en una oficina comercial y sus conocimientos eran profundísimos en notas de compra y venta de fierros de todas clases, en cartas-últimátum, en alza y en baja de precios. Su memoria era... Mejor que todo lo que pueda decir lo retrata el apodo oficinesco que llevaba: "Kardex con Zapatos". — ¡Ah!, pero la vida, eso era algo que él desconocía en absoluto. Volvió a contar los billetes que había juntado uno a uno: diez mil pesos en total. Sonrió como un niño. Su mirada hizo un gesto-piñeta de corta duración y siguió su camino. A su familia —madre y dos tías— les había dicho que iba al Sur, en viaje de descanso. Efectivamente iba al Sur: al Sur de la ciudad.

Nadie creería, al verlé, que este hombre delgado y alto, que caminaba despacio, silbador alegre, con el sombrero echado atrás, iba rumbo a lo desconocido, con el ánimo preconcebido de encontrarlo. Desconocido suele serlo todo: amor y odio, dolor y alegría, prisión y libertad, vida y muerte. Lo desconocido suele salirnos al paso en las ocasiones menos sospechosas, y, a veces, suele ocultar se hasta debajo del nudo de una corbata roja; otras, está allí, en la continuación de unas manos blancas y suaves.

La avenida Independencia mantiene aún sus tranvías amarillos: esos bulliciosos y saltarines vehículos que se detienen en todas las esquinas como para cerciorarse de si van o no por buen camino, y mantiene todavía sus tres cines. Fernando Rodríguez estaba por llegar al río; luego, había dejado atrás dos cines, una cervecería y cuatro fuentes de soda, además de la vieja iglesia "La Estampa", que nunca ha sido revocada. El pequeño maletín de mano, en el que llevaba algunas mudas de ropa para las eventualidades, disfraz también para el supuesto viaje al Sur, casi se le soltó de la mano izquierda cuando vio el afiche de letras negras sobre el fondo blanco que decía:

"HOY —EL RETRATO DE DORIAN GRAY"; no era la película, ni las letras; era... una rubia de cincuenta kilos aproximadamente, ojos negros y cuerpo cimbreante, lo que le produjo la emoción, la conmoción.

"Ella es", se dijo.

Se le acercó abiertamente, con una seguridad que nunca antes tuviera para estos asuntos.

—Le ruego escucharme. Tengo diez mil pesos para gastarlos; por cierto, quisiera hacerlo con usted. Creo conocerla desde hace tiempo. Le aseguro que no pido ni pretendo otra cosa que su compañía.

La dama rubia le miró a los ojos, después giró la cabeza hacia el lado izquierdo, se puso pálida, se retiró unos centímetros, luego, como quien ve a un fantasma, se llevó la mano derecha a los ojos y cayó al suelo desmayada. Las personas que más cerca se encontraban del lugar, que salían o entraban al cine "Capitol", sólo vieron la caída y se agruparon alrededor de la rubia en la misma forma desordenada y compacta de siempre. Una hombre que traía a un niño de unos 10 años de la mano se acercó corriendo y gritó:

—¡Rebeca!

El niño gemía y también gritaba:

—¡Mamacita!

El hombre del niño, desde el suelo, miró hacia todos los rostros con una lastimosa interroga-

ción en la mirada, al mismo tiempo que preguntaba:

—¿Qué ha pasado?

Nadie era capaz, en el grupo, de darle una respuesta. Fernando Rodríguez ya se había alejado lo suficiente como para no verlo ni oírlo, y, como en cierto modo se hallaba embotellado en el pasaje del cine, prefirió entrar en la sala, pensando que una película era lo mejor para calmar sus nervios.

Total, para él el tiempo no tenía valor alguno. Sabía que la obscuridad de la sala le permitiría eludir cualquier intento de investigación a posteriori, y nada era mejor que la obscuridad para cerrar los ojos. Su butaca era una de las últimas del ala izquierda. Los pensamientos se le habían agrupado al igual que potros salvajes y todos querían saltar el cerco para transformarse en acción. La idea central era explicarse su insólita actitud frente a la dama. Divagó respecto a la euforia reciente pasada y que se agotó como vela soplada; de su creencia fallida de un encuentro que presintió agradable; de su dinero, del que sólo había gastado veinte pesos; del cúmulo de circunstancias, en fin, que lo llevarán a hablarla. Sólo el por qué se había dirigido a ella y no a otra era lo único que se le escapaba... Sin embargo, seguía pensando en el hecho, recordaba la extática posición de la rubia frente al letrero,

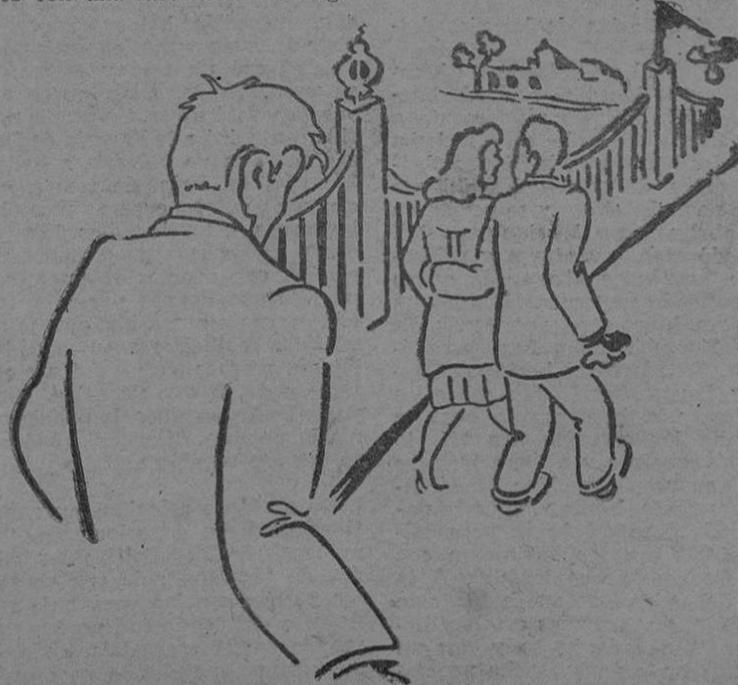
y su increíble belleza. Sus conjeturas respecto del desmayo eran que una mujer cualquiera en idéntica situación puede retar a un hombre, puede aceptarlo, puede hasta armar un escándalo, o bien, ni siquiera darse por enterada, pero... desmayarse, bueno, en esto había algo raro, algo irreal que le había dejado una amarga e imprevista sensación de abandono, de rechazo no contemplado.

Abrió los ojos y vio un retrato en colores en la pantalla; la escena era algo atroz. Cerró los párpados y su mente afiebrada empezó a caminar hacia el pasado, su pasado. Llegó a la conclusión de que no tenía historia alguna y que la rubia aquella jamás figurado en su vida. Se sintió desanimado; a lo mejor su cara era ya parecida a la de los "cacos" y de allí la impresión desfavorable de la dama.

Sus ojos habituados ya a la obscuridad le permitieron ver a un hombre y a un niño que entraban en la sala. Aquello también podría ser una coincidencia, pero aquellas figuras correspondían exactamente con las que conociera en el pasillo hacía sólo unos instantes. La pareja se detuvo en las primeras butacas y desde allí regresó a la puerta. Fernando Rodríguez se dio cuenta de que buscaban a alguien, y que, al parecer, ya lo habían encontrado. Volvió a cerrar los ojos, aquella era una actitud a la que se estaba acostumbrando. El pavor vino después... La butaca empezó a crujir suavemente y no era el peso de su cuerpo, no; era que alguien se había afirmado en su respaldo. Trató de no moverse, de no respirar. ¿Qué pretenderían? Fernando sabía que en los alrededores había muchos asientos vacíos, luego no se debía a la casualidad la ubicación de ese hombre a su espalda, cuya respiración agitada sentía sobre su nuca. Intentó levantarse, trató también de girar el cuello para ver a su vecino posterior, pero optó, finalmente, por esperar lo que fuera. No se creía cobarde, pero el valor también tiene su escala y su límite. Años atrás Fernando Rodríguez había visto esa cinta, pero ahora no tenía ojos, ni oídos, ni pulso; el temor lo había invadido todo, tanto que salía por sus poros en forma de incesante y silenciosa lluvia...

LA RUBIA

Fué lentamente despertando de su desmayo; a su lado, como siempre, encontró, solícitos, a sus se-



res queridos. Sí, aquello tuvo que ser una pesadilla, la misma siempre, sólo que esta vez...

—Bien, Rebeca. Me alegra el que estés bien. Ahora podrás decirme que pasó. ¿Todavía piensas en fantasmas? ¿Viste acaso al hombre de los bigotes gruesos?

Rebeca mantuvo su silencio a duras penas. Hacía ya once años desde que cambiara su vibrante apellido de soltera, Cuturrufo, por aquel Pavez, y once años es mucho tiempo aunque se trate de soportar atenciones y caricias. Se había criado bailando y sus pies tenían esos tobillos dobles de las bailarinas profesionales. Allí, arriba de la mesita de caoba, en el cofre de plata, estaban los recortes de prensa: primera bailarina en "El Príncipe Drosselbart" y en "Las Sillides". Aquellos recortes hablaban también de su extraordinaria "muñeca" en "Coppelia". Desde hacía un año justo había dejado la danza, y no fue por su gusto. Fue..., pero no. Esta su primera salida a la calle después de su voluntario encierro había sido catastrófica.

—Aquel hombre —sollozó—. Sí, Carlos —agregó con voz más tranquila—, lo vi.

Siguió rumiando sus recuerdos mientras su marido iba a la habitación del niño.

La historia empezó en la 33ª función de "Coppelia". Alguien le había mandado al camarín del Teatro Municipal un canastillo con rosas blancas, las que aun seguían allí, por cierto, tan marchitas como sus esperanzas. El hombre de las rosas, tímido hasta más allá de lo creíble, sólo le había hablado después de la 44ª representación, y eso fue al pasar, casi un soplo:

—Adiós, princesa. Mañana las rosas serán rojas.

Jamás olvidaría su frase. El mañana llegó como todos los mañanas, y con él las flores, y, por supuesto, el encuentro tan soñado. Primero los comentarios sobre escenarios, música e interpretación. Después, los piropos a la bailarina maravillosa; por último, la marcha codo a codo por las calles centrales sorteando automóviles y bañados por las luces vivisimas de los avisos luminosos. Un café arrinconado y la charla siguió danzando "Coppelia"; él hasta silbó algunos trozos.

Era moreno, de grandes bigotes negros, en los ojos se le veía una somnolencia milenaria, que sólo al encontrarse con los de ella despertaba. Cerca del cine Capitol se separaron. El, desde fuera, se quedó mirando los afiches con un ojo y con el otro la casita del fondo, la casa por donde ella había desaparecido, la que aun tiene ventanas verdes y cortinillas rosadas. Los días se sucedieron con rapidez y los hechos se apresuraron. Poco a poco ella había puesto más cuidado en su toilette, que alcanzaba ya la plenitud de una ofrenda. Nunca le dijo que era casada y que tenía un hijo, ¿para qué? Allí estaba el amor, el amor de siempre, aquel que había creído encontrar en su marido. Una noche, hacía ya un año, fue de él, ¿por qué no iba a serlo? Lo quiso aún más de lo que pensaba; llegó a considerarlo su ídolo, revolcándose entre sus manos y en su boca para impregnarse de él. Exigió de sus pies el máximo en cada representación de ballet. Y cuando estrenaron "Pavana", pidió para ella el papel de "princesa"; desde el escenario, de espaldas al público, sentía, en cada uno de sus movimientos, que la mirada de su amado Ricardo la seguía. Aquella "Pavana" (historia de una princesa que desafió los rigores de una corte, falleciendo, impotente) fue toda una sen-

POEMA

*La herida del camino la cerrará la yerba
y pasos que anduvieron
olvidarán la senda,
harán otro camino
—tal vez junto al que ha muerto—
y llegarán al sitio
detrás de mucho tiempo.*

*La hondura del camino la cerrará el invierno
y habrá de nuevo un río
para llegar al puerto.
Pero hasta el mar oculto
donde nació el silencio...
¿Quién llegará con vida
sino con el recuerdo?*

MARIO PICADO UMANA

sación artística, y ella estaba segura de que nadie podría superarla. Con la cara hacia el público, sus ojos estaban clavados en la fila número 7, punta de banca: éstos sonreían.

Ricardo, su antojo. Ricardo, su dios. Una noche ella quiso acercarse hasta la casa de su amado, Independencia abajo. La vieron sólo desde lejos. Después, caminaron hacia el Poniente, en busca de la obscuridad, de los besos.

Vivaceta ha sido y es un barrio bravo, un barrio con leyendas y con animitas, que cada cierto tiempo se asoma a los títulos de los diarios con letras enormes y rojas. Desde allí tomaron hacia Lo Cañas, donde está la parroquia de Santa Teresita. El canal "La Punta" corre paralelamente a Lo Cañas, y más allá terrenos vacíos. Serían las 21.30 horas. La noche se había llenado de estrellas diminutas; la pareja, sola frente a la quietud del paisaje, se estrechaba. Besos largos como el deseo. El, de pie, apoyado sobre el muro de ladrillo de la parroquia; ella envuelta en los brazos de él, como si llevara de adorno dos gruesas y tibias serpientes que la acariciaban. El adormecimiento vino pronto y aquellos dos cerebros se olvidaron del resto del mundo. Allí lejos... quedaba el marido, el hijo y el teatro; aquí..., el ensueño con voz de hombre que decía su frase:

—Mi bailarina de los pies desnudos...

Ella sintió un golpe en el hombro que la lanzó al suelo de brucos. Desde allí vio nitidamente a su amado Ricardo que luchaba con dos hombres. Algo blanco brilló cerca del muro describiendo una pequeña elipse y se perdió en un abrigo negro. Ni siquiera gritó. Lo vio caer, levantarse y volverse a caer para alzarse de nuevo empuñando un arma. Escuchó un disparo, luego otro y otro más. Es cuchó también una fuga precipitada. Se acercó al herido con temor, llevando casi caída sobre los labios una interrogante que le mordía las entrañas. Lo vio, lo sintió agonizar y a los estertores unió su propio temblor. Gritó inmensamente. Nadie vino en la noche. Se arrastró hasta la esquina de la avenida Inglaterra con Lo Cañas. Allí se levantó. A la luz del único foco que había, comprobó que sus manos estaban heridas, llenas de barro y que su vestido tenía una mancha pegajosa y oscura. Su cabellera le caía

sobre los ojos; sus piernas la sostenían malamente.

Penosamente golpeó la puerta de la parroquia. Fue aquel un relato de sollozos hecho en el oído de un cura asustado. De allí fue a la casa del Ricardo. Una mujer y varios niños arracimados que colgaban de un delantal humilde le abrieron la puerta. Por siempre sonaría en sus oídos la inquietante pregunta que la mujer hizo a las muchas que ella no alcanzó a formular, ya que encima de una mesa, con moldura de plata repujada y pedestal de madera barnizada, estaba, en forma de retrato, el inconfundible rostro de su amado.

Logró reponerse como los boxeadores de calidad. Dos golpes tan fuertes en una sola noche eran demasiado. Sacó una voz quebrada, rota por el destino:

—Vaya pronto, señora. Está en la esquina de la parroquia.

Supo, además, que era el padre de todos los chiquillos. Aquél tenía el cabello negro y crespo, con el que tantas veces sus manos jugaran; el otro, la sonrisa que encontrara en las funciones de "Coppelia", y el más chico, ¡oh Dios mío! aquellos ojos de mirar lejano.

La mujer se abalanzó sobre su cuerpo:

—¿Quién es usted? ¿Qué le pasa a mi Ricardo?

Rebeca no dijo nada; era, para ella, imposible hablar, imposible vivir un minuto más en esa atmósfera. Tomó un taxi y regresó a su casa. Nadie, excepto los suyos, la volvió a ver. Su propio marido comunicó a la Escuela de Danzas que ella no volvería a bailar. 365 días de duda, de temor, encerrada entre cuatro murallas blancas, son muchos días. Era, en cierto modo, una condena de reclusión con puertas abiertas, con un hijo que lloraba por salir con ella y con un marido que tanto gustaba de lucirse a su lado. No leyó la prensa; para qué iba a enterarse de lo que ya sabía. Respecto de los asesinos, la policía tenía la palabra. "Policía", ¡qué raro era ese vocablo antiguo y nuevo!

De un clavo colgaban sus zapatillas de baile de color rojo, ¡oh muñeca de "Coppelia"! y las blancas de "Pavana"; de vez en vez las rozaba con las yemas de sus dedos o con los labios, porque para ella ese arte era la médula de su existencia; radicaba en esto lo más crudo de su aislamiento. Mu-

chas veces corrió los visillos para mirar hacia el pasillo, un poco más allá, la calle; pero, la amenaza intangible de que alguien se enterara de su tragedia, de que alguien la reconociera, le quitaban todos los deseos de asomarse a ese, su mundo, con tantas y tan variadas significaciones. A Ricardo nunca le había preguntado nada, le bastó con amarlo, y ahora, era increíble, apenas al año justo, lo encontraba frente a ella, en la primera salida que había intentado. No, no. Algo andaba mal en su cerebro, tal vez lo mucho que había pensado en él...

Su marido se había tragado el anzuelo del "hombre de los bigotes gruesos", pero... ¿quién sabía hasta dónde?

Llamó a su hijo, quizás con el deseo secreto de cortar el hilo de sus pensamientos y recuerdos.

—Querubín, búscame los cigarrillos. A ver si fumando mejora el pobre corazón de tu vieja.

—Sí, mamacita.

Medio minuto más tarde estaba otra vez en el regazo de ella.

—Mamacita, te quiero mucho. No quiero que vuelvas a salir a la calle.

—No, no lo haré más. La calle es como una caja de sorpresas que nos tira a la cara las cosas más absurdas, las más reales y, a veces, las más increíbles. Por una calle vino un día caminando tu padre, por la misma iba yo. Por una calle apareció también el amor y por una de ellas llegó también la muerte. Te hablo de lo que conozco. Sé que a muchos les ha pasado lo mismo, pero a mí, más que a otros, la vida me ha marcado con su tinta más negra.

Rebeca, al abrir su corazón frente a su hijo, sabía que éste no podía entender cuando se refería a uno u otro hombre. Además, como sucede siempre, cuando hablamos recordando es como si nos confesáramos con nuestros propios oídos.

—Y ese hombre, mamacita, ¿el de los bigotes gruesos?

—Ese es un mal tipo. Una pesadilla. El diablo debe tener sus facciones. Y, ahora, andando a tu cuarto. Es tarde...

EL CHICO

Diez años en una edad que se detiene en las marcas de automóviles, en los generadores de corriente de los juguetes mecánicos; mas, en este caso especial, Juanito, desde el gusto por las formas había pasado al color y al movimiento. Sus cortos años no pedían ni daban cuartel en la búsqueda de cosas variadas. El ballet y su madre eran los únicos culpables de su educación particularísima. Echaba de menos las brillantes funciones, especialmente por los decorados. Tenía, así lo aseguraba Rebeca, alma de escenógrafo. En un rincón de su cuarto almacenaba cartones, géneros, varillas, botones, monos de trapo y los vestía, con su imaginación, de príncipes o mendigos, de jinetes y de pájaros. Y en un rincón de su corazón almacenaba, por otra parte, sus exclamaciones más entusiastas para cuando su madre volviera a calzar aquellas zapatillas rojas que la hacían andar como autómatas, o las blancas, que la levantaban en la punta de los pies.

Aquello de "mal tipo" le quedó sonando en los oídos. Podía unirlo, por lo de "mal", a aquellos malos muchachos del colegio, a los de "tipo", por aproximación, a los de mala fisonomía, porque en su vocabulario no existían aún las palabras compuestas, ni podía captar la heroica mentira de su ma-

dre al designar así al hombre que más quisiera, a aquel que muriera en sus brazos.

Alguna vez se atrevió a aventurar por las callejuelas vecinas, llegó a conocer, de vista, a dos o tres pilletes. Pero su encanto era el verdulero ambulante con sus gritos ininteligibles y su pony negro, que hasta había logrado montar. El verdulero, que conocía bien a Juanito, le regaló una vez un hombre con ojos de rabanitos, pelo de choclo, cabeza y cuerpo de betarragas. Aquel fué un gran día. El vendedor de diarios de la esquina, que también era "su amigo", le daba de vez en cuando ciertos de música de boca. Aquel era su mundo casero, en el que cabía hasta una chica, su vecina, que era la dueña de "Mono", el perrito blanco, que ensuciaba sus sábanas y que se había comido el ojo del "hombre de verduras".

Desde la cama, triste por el fracasado paseo con su madre, pensaba en aquel hombre de abrigo blanco. Cerró los ojos y vió nítidamente la escena: El de los bigotes gruesos se acercó a su macanita justo en la puerta de calle; al parecer, él había hablado. Después la vió caer. El hombre se perdió entre la gente. Recordaba el fuerte tirón del brazo que le diera su padre. Vió al hombre de los bigotes entrar al cine, llevaba un pequeño maletín de mano.

La voz de su padre llegó a sus oídos a través de los débiles tabiques:

—La policía, Dios...

Las ventanas del frente se iluminaron y hasta él llegaron los ladridos del "Mono". Se asomó hacia el pasillo. El y Estelita, su vecina, se hicieron señales amistosas.

Su padre entró en la pieza.

—Deberías acostarte. Juanito.

—Ya lo había hecho, papá. Es que "Mono" ladró y me asomé a verlo. ¿Mamacita está bien?

—Muy bien. Creo que se levantará mañana.

—¿Entonces iremos al parque, como me lo prometieron?

—No, Juanito. Hay un hombre malo que quiere llevármela.

—¡Ah! Lo conozco.

—¿Quién es?

—No sé. Entró al cine. Usa un abrigo blanco, tiene los bigotes gruesos y lleva una maleta de mano.

La orden vino perentoria:

—Levántate! Quiero que me lo muestres.

Cuando Juanito cumplió su misión, regresó a la casa; aquella fué la vez que más tarde se había acostado en su vida. La mamá dormía. Afuera, "Mono" seguía ladrando en la noche a los espíritus y a los recuerdos.

EL MARIDO

Esa nuca que nacía de un cuello de gabardina blanca no se movía. Seguía tiesa como un palo. Era inútil esperar nada. Ni un ruidito, ni el más leve movimiento. Parecía un muerto, pero él sabía que era sólo apariencia, y que ese muerto aparente era el único poseedor de su vida y de tan gran secreto. Consideró que su ubicación era asaz, audaz, pero hasta cierto punto, ventajosa. Un año esperando la acción policial, sin que se hiciera presente, es un plazo agotador. Es horrible el no saber qué hacer, cuánto saben y cuándo van a actuar. Aquella era la primera muestra. ¿Qué tendría contra él? Lo cierto era que aquella inmovilidad estaba liquidando el escaso saldo de calma que le quedaba.

Amaba a su esposa con religiosidad fanática, con vehemencia. E-

lla era para él un ser irreal que, desprendiéndose de sus tules, adquería los contornos de una diosa, y, a pesar de su excelsa condición, compartía su vida. Ella, su Rebeca, la que enloquecía a los espectadores con su arte magnífico, estaba siempre allí, al alcance de sus dedos afiebrados y de sus ansias desmedidas. Los que sólo la habían visto sobre un escenario ignoraban cuánta era su gracia haciendo añuucos, saltando los escalones de la entrada, tejiendo, soñando o cantando. Sí, Rebeca era una diosa que en la calle, al pasar, enfermaba a los hombres de torticolis, cuando envuelta en pieles de nutra parecía una joya inalcanzable, lejana como los astros y, como éstos, brillante.

Cierto, jamás le dió celos, es decir, excepto con aquel hombre. Había llegado hasta el soborno del portero de la Escuela de Danzas, y aun se dolía de las tantas preguntas que había hecho a los compañeros de ella sobre posibles admiradores. Cuando las sospechas se cristalizaron, tuvo que aprender a contenerse, aprender a seguir desde lejos a la mujer que amaba, aprender a morderse los labios y a callar las blasfemias, claro... todo esto lo aprendió, lo aprendió bien, pero no por eso dejó de acariciar la daga de plata. Nunca sabría Rebeca hasta qué punto lo hirieron sus peinados para otro y aquel traje negro que se compró sólo para él. Jamás sabría que sus suspiros nocturnos lo llevaron más de una vez a rozar su cuello con dedos homicidas. Su impaciencia accidental se transformó lentamente en la virtud china por excelencia. Aprendió que un asesino en potencia es igual que los demás seres, salvo que va girando alrededor de su víctima con pasión de coleccionista, juntando detalles, oportunidad, archivando actos; en una frase: se convierte poco a poco en un negativo. Llegó a saberlo todo de él, salvo el nombre.

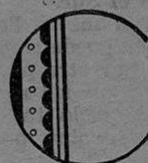
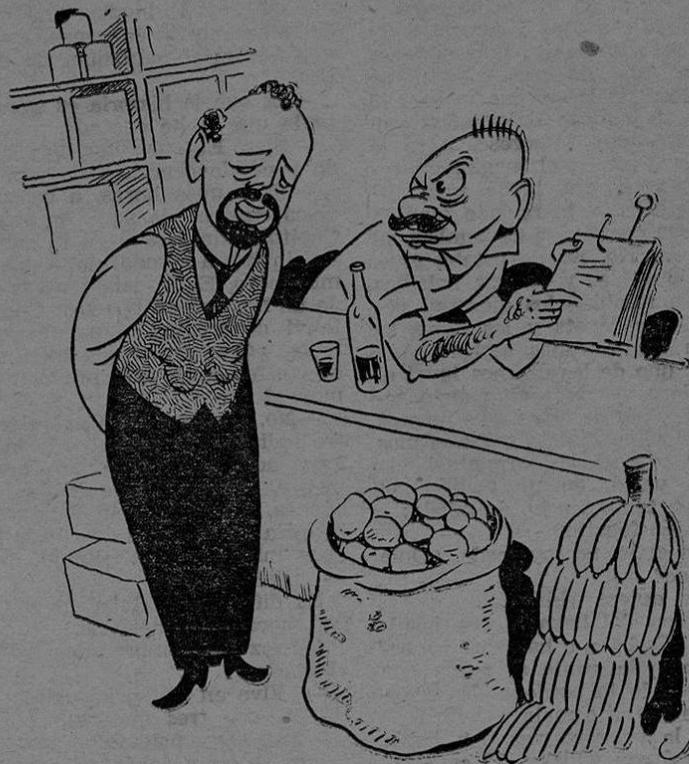
La noche llegó de pronto. Vió a la pareja salir del mismo café de siempre. Los vió dirigirse hacia Independencia, pasar muy cerca de la casa de ellos, después de la de él. No podía matarlo a plena luz, delante de ella, con eso podía perder su cariño, o mejor, lo que ella tenía por costumbre: besarlo y decirle Carlitos. No, tenía que encontrar un lugar adecuado. Su crimen tenía que equipararse a los pesquisas. Aquella calle era demasiado buena para ello; sólo él podía identificarlos en aquella obscuridad. Sólo él... los conocía tanto. Se abalanzó sobre la víctima después de empujar a su mujer violentamente... tenía que hacerlo. Llevaba el rostro cubierto por una bufanda y el cuello del abrigo subido; la razón para hacer eso no era precisamente el frío. Sus labios no emitieron un solo sonido, porque adivinaba que los crímenes con testigos, especialmente cuando el testigo es la propia esposa enamorada de la víctima, están de más y son peligrosos como la dinamita. Además, ¿para qué? Hundió la daga en el cuerpo sólo una vez. Era bastante. Pero vió junto a él a otro individuo que, por suerte, no había logrado sus fines. Por un momento llegó a creer que veía visiones: aquellos dos hombres eran iguales. Entonces vino la fuga atroz. Cuando dobló la esquina miró hacia atrás por primera y última vez; casi podría jurar que las tres personas estaban sobre el suelo y él estaba seguro de que había causado una sola herida.

Los remordimientos le duraron poco, porque su recompensa de 50 kilos de gracia y amor todo lo cubría y todo lo sanaba. Nada le costó "resignarse" a que su mujer

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



CUANDO don Ascensión Esquivel, uno de los gobernantes más enérgicos que ha tenido Costa Rica, estuvo de visita en la Línea Vieja

acompañado de algunos de sus ministros y del militar pundonoroso don Tayo Salazar, y en el lugar llamado Guápiles, un comerciante le ofreció una copa de ron en los siguientes términos:

—“Perdone, señor Presidente q’

no le ofrezca una copa de cognac, pero aquí puede ver la guía del ferrocarril que comprueba que hace QUINCE DIAS ha sido despachado en la Estación de San José un cajón de cognac por el Almacén Ambos Mundos.

Don Ascensión, al responder, se limitó, sin agradecer al comerciante de marras la copa de ron, a prometerle que gestionaría con la empresa del Ferrocarril del Norte PARA QUE MEJORARA SUS SERVICIOS.

no bailara más, aquello era también para él muy importante, ya que eso sólo significaba evitarse hasta un nuevo crimen. Pero este individuo, a cuyas espaldas su mente revivió y revivirá su drama, era, al parecer, el único obstáculo contra su felicidad.

“¿Quién era? ¡Si al menos pudiera verle la cara!”

Los espectadores fueron abandonando la sala poco a poco; después de un rato quedaron en ella una media docena de individuos en total.

Los dos sujetos pensaron alejarse de sus respectivos asientos, pero ambos sabían que esto no era posible. Un acomodador les tiró un óvalo de luz: ambos tenían los ojos cerrados.

El marido aprovechó el óvalo: —Es curioso, recién me doy cuenta de que la sala está casi vacía y que estoy detrás de usted, sin haber motivos. Tal vez me acostumbre al asiento y como estaba ensimismado en la obra... Posiblemente, señor, mi presencia le habrá inquietado.

Aquello fué un duelo de mentiras.

El marido siguió: —¿Le gustó la película —Sí —contestó, y preguntó a su vez en forma idiota: —¿Y a usted?

—Mucho. Fué en realidad el diálogo de dos adolescentes estúpidos.

—Bien —exclamó Fernando—,

me voy. Buenas noches.

El marido quedó amarrado a la butaca, torturando su cerebro con ideas horribles: de seguro aquel individuo había dado en el clavo. Sus frases eran demasiado vagas. Sin embargo, aquella cara vista en la obscuridad tenía algo impreciso, que su mente se negaba a aceptar, ya que con dicho perfil o uno muy parecido se había desvelado demasiado. No, no podía ser. Estaba más seguro que nadie de haber muerto a un hombre, incluso lo había leído en los diarios y hasta le había acompañado al cementerio.

El desconocido caminaba ya cerca de la puerta, casi debajo de esa luz roja que indica la salida, cuando Carlos Pavez vió sobre la butaca anterior a la de él la maleta. La tomó y lo llamó con un pequeño silbido:

—Pscht. Se le quedó el maletín.

Allí estaba la luz, no era mucha, pero...

—Gracias.

—Dígame, ¿no siente inquietud?

—No, señor. A mí el cine me aleja de todo. Además, nadie hasta aquí, en la vida, me ha causado desvelos.

No le quedaron dudas. Aquel hombre era un fantasma.

FERNANDO
Siguió su viaje hacia lo que fuera. La noche parecía una hem-

bra vestida de raso con alhajas que titilaban por todas partes, una hembra prometedora de citas. La ancha huincha de cemento se perdía a lo lejos, en ese lejos más allá de los faroles donde, estaba seguro, su madre y sus tías no habrían podido conciliar el sueño pensando en él, en ésta su primera salida. Pasó el puente sin mirar hacia atrás. Bramaba por encontrarse con otro o con otras un poco más humanos, más simples. Sentía algo de inseguridad; no eran exactas las respuestas que le diera al hombre del teatro; estaba inquieto, temeroso. Algo le daba vueltas en el magín, un recuerdo vago, una lucha, una mujer histérica y la muerte tendida en tierra con figura de hombre, su figura... No, no..., estaba vivo. Bien lo sabía, y en sus bolsillos estaban también los diez mil pesos. Los cabarets y los bares se abrían como manos amigas. Ancló en uno de los últimos igual que un velero averiado en puerto seguro después de una noche tormentosa. Dejó su maleta sobre el mostrador, y desde su garganta hacia afuera vació, en un pedido, su sed, que tenía mucho de miedo:

—¡Algo fuerte!
—No grite, no soy sordo. ¿Quiere coñac?

—No, quiero whisky...
El tono del barman era insultante. ¿Qué iba a hacerle? En este mundo la gente se enoja por todo y todo lo perdona. Es cuestión de buena o mala suerte.

Era la primera vez que bebía y debutó con whisky. El estómago, por supuesto, le ardió bárbaramente. Creyó tener una serpiente de fuego parada sobre su esófago, una serpiente que hasta le hizo llorar. Ignoró las veces que puso su codo en escuadra, daba lo mismo una que veinte. Su cabeza se estiró hasta el techo y desde allí se derrumbó gradualmente como si estuviera por dentro y por fuera envuelta en lana y goma. Una caída con cámara lenta, algo así como un chicle que besa el suelo sin soltar los dientes. Los dientes fueron, en este caso, un par de brazos que lo tomaron de las axilas.

—Arriba, amigo. Es muy temprano para beber en esa forma. ¿Qué le pasó? ¿Se le murió la novia?

Miró al intruso a través de una tela movable y viscosa. Frente a él había un hombre que se borraba y aparecía. Tenía cara de mono; sin embargo, había atracción en él, algo... que inspiraba confianza.

—Estov bebiendo por primera vez en mi vida...

—No diga. Parece mentira, su cara es la de un borracho perdido.

—No se burle, es cierto. Mire, tengo diez mil pesos. ¿Qué le parece si juntos los gastamos?

—Es mucha plata, no alcanzaríamos a hacerlo en una sola noche. Venga aquí, hay un asiento bien cómodo.

Fernando se echó sobre los codos. Sabía que la cabeza no era suya e ignoraba quién se la había prestado, pero estaba seguro de que el dueño debía ser muy fuerte, y lo era. Miró al hombre-mono y le dijo:

—No la había visto nunca. Al menos, eso creía. Ahora tengo mis dudas. Cierto, es muy bonita, quizás si demasiado. Apenas la hablé se desmayó. Más tarde me siguió hasta el cine su marido o su amante. Durante tres horas estubo a mi espalda. Estaba convencido de que me iba a matar; al final, terminó preguntando tonterías. No sé si me ha seguido. Hasta podría ser usted mismo. Bien, máteme ahora.

—Lo que usted dice no tiene

pies ni cabeza. ¿Usted conocía al hombre?

—No. Fué el chico quien me reconoció.

—¿Qué chico?

—El que entró con el hombre al cine.

—Mi amigo, tengo gran interés en su historia. Cierto es que está algo ebrio, pero puedo asegurarle que no soy el hombre del cine. Cuénteme todo; le ruego, eso sí, que me dé el máximo de detalles.

—Es que la historia es solamente lo que le he contado.

—Bien. Entonces me dirá cuándo y dónde ocurrió todo esto.

—Hace unas horas, a cuatro o cinco cuadras de aquí, en el cine Capitol. Ella estaba en la puerta. La invité a ayudarme a gastar mi dinero. En la sala sentí la voz de un hombre en la nuca. Cuando le vi de frente la luz era muy mala. ¿Cree usted que mi rostro es tan feo como para producir desmayos?

—No, hombre, no. Cualquiera otro individuo le encontraría hasta agraciado. En eso está, precisamente, lo extraño de lo que me cuenta. Ahora que su cara y su historia sirven para descubrir hechos misteriosos... ¡Salud!

—¡Salud!

La diferencia estaba en el trago, ahora era GingerAle.

La voz del hombre-mono volvió al ataque.

—¿Vive en Independencia?

—Sí, con tres mujeres.

—Entonces, polígamo, acompáñeme. Es muy tarde para usted, a pesar de sus bigotes.

—Es que estoy en el Sur.

—No importa, igual me lo llevo. El whisky también puede traer lo aquí, a Santiago. Por otra parte, es la primera vez que sin verme de la capital puedo tocar con los dedos a un hombre que está en el Sur.

—Oiga. ¿Antes me dirá quién es?

—Cortés, inspector de Investigaciones —mostró su distintivo y agregó—: Lleva mucho dinero encima; además, es inexperto como una zanahoria para andar solo en estos líos y en estos sitios.

Fernando tuvo que obedecer. El aire frío de la noche le calmó un tanto. Estaba feliz: había, por fin, encontrado un amigo.

En Investigaciones, Cortés le mostró una fotografía, en la que aparecía con sus mismos bigotes; sólo que él no usaba corbatas con pintas, de eso estaba seguro.

—¿Quién es? —preguntó con algo de miedo en la voz.

—Un hombre al que dieron muerte el año pasado.

—¿Se llamaba?

—Ricardo Alfonso Argensola Rodríguez, 34 años, casado, domiciliado en... No tiene importancia lo que sigue.

Fernando cayó como en "coma". Qué noche, mujeres que se desmayan, hombres que persiguen y vigilan, policías, niño, whisky, muerte-sosías, y un dolor de cabeza como para matar a un toro. Sólo la cara de ese retrato persistía.

EL POLICIA

Siempre había soñado con una investigación así. De toda su carrera policial, "El caso de la calle Lo Cañas" era el único que le había durado un año sin que entregara su secreto. Ahora la suerte se ponía a su lado. Un año es una montaña de tiempo en cualquier investigación criminal. Recordaba, sonriéndose, las veces que había pedido plazo para poder cumplir con esa orden por homicidio; recordaba también que, para darle gusto a su jefe, tuvo que detener a cerca de 40 cogoteros del barrio Independencia. Porque

para muchos "el caso Lo Cañas" era un vulgar atraco fallido, con una mujer fantasma metida en él, que no aparecía por parte alguna y de la que solamente se sabía que era extraordinariamente bella. El cura de la parroquia, así como la mujer del occiso y los niños habían visto de cerca a casi todas las mujeres del hampa y siempre movieron las cabezas negativamente. El muerto tenía una pistola "Mauser", calibre 6.35, en su mano derecha y sobre el pecho lucía una daga de plata. No le faltaba especie alguna, ni tenía otras heridas. Al parecer, no logró herir a sus asaltantes cuyo número se desconocía. Sobre los labios de la víctima se veía con nitidez una mancha de rouge, única pista, rouge francés, de muy buena calidad, color fucsia. Sobre el suelo había encontrado un vidrio cóncavo, que él mismo levantó, vidrio de reloj que desde hacía 365 días lo acompañaba, guardado en su cartera, en el mismo compartimiento en que guardaba su placa policial. Sabía que era un hecho insólito, que nada tenía que ver con cogoteros vulgares. Allí estaban, para demostrarlo, una daga de plata y unas marcas de rouge caro. Por otra parte, los cogoteros no usan reloj-pulsera. Recordaba haber recorrido las Asistencias Públicas en busca de un herido a bala, sin resultados. Y ahora un borracho igual que la víctima lo ponía en contacto con la pista. Cuánto le debía a su inveterada costumbre de beber pilseners de madrugada, y a su creencia de que el policía se hace de noche y en los bares. Sí, para él, y sólo para él, todo empezaba a aclararse.

Subió con su casi amigo, el borrachito, al automóvil policial. Por el camino hablaron de la rubia del desmayo, del ardor de esos ojos prometedores, de su cintura de anillo, de su movimientos agacillados, que el inspector jamás había visto, pero que conocía muy bien por las declaraciones que sobre la dama-clave del caso le habían dado el cura, la vecina de la casa del muerto, los hijos de Ricardo y la esposa de éste.

La sirena policial despertó al vecindario, dos hombres se despidieron con amabilidad, casi con cariño.

La noche seguía luciendo su vestido de raso, aunque un tanto deslavado por la proximidad del día

LA DETENCION

Cuatro nombres, al día siguiente, se bajaron desde un auto negro frente al cine Capitol. Entre ellos iba "Cara de Mono". Hicieron preguntas breves a la boletería del cine y a una niña que jugaba con un perrito. Dos dedos índices señalaron una puerta. La casa tenía ventanas verdes.

Dos golpes y la puerta se abrió: —¿Está la señora?

—Sí —contestó un hombre, con la voz aflautada por el asombro—. Aunque —agregó— tal vez no sea necesario.

—Entonces... ¿confiesa? —preguntó el inspector.

—Muéstreme primero lo que tiene.

La proposición era inaudita, sólo Cortés podía aceptarla como policía y lo hizo sobre la marcha.

—Tengo unos cuantos bailarines habladores, un portero de la Escuela de Danzas, una florista, un chófer de taxi, un relojero que aún conserva el trozo de vidrio que quedaba en su reloj y que ajusta perfectamente al resto que llevo en mi cartera, y esta daga...

—Guárdela. Es suficiente. Lo único que pido es que ella no sea molestada. La pobre lo ignora to-

do, y cuando lo sepa..., no quiere estar presente. ¿Vamos?

Se despidió del chico y atravesó el pasillo con paso vacilante. Desde la puerta musitó apenas:

—Perdón, Rebeca. Algunos lo llaman crimen pasional... ¡Yo lo llamo amor!

EPILOGO COLOR ROSA

El teatro estaba lleno. El solo anuncio de la reaparición de Rebeca era suficiente para agotar las entradas. Allí estaba de nuevo calzando sus zapatillas blancas, iba a bailar "Pavana". Y, como un homenaje a quien ya sabemos, se descalzó. El público la recibió con un rugido. La música cortó los aplausos, como si fuera una sierra. Sintió los nervios de la principiante. Uno, dos, tres pasos y volvió a ser la misma de siempre. Todo era lo mismo, la sensación era tan exacta que sintió la mirada de él en sus espaldas. Creyó tenerlo junto a sí y bailó pensando en Dios... Antes de terminar quedó vuelta hacia la fila siete; allí, en la punta de banca de siempre, estaba él, su Ricardo. Cerró los ojos. Las manos de los espectadores tiraron la batería de júbilo. No quiso salir a recibir más aplausos. Con los ojos cerrados entró en su camarín. Allí estaban las rosas blancas, más frescas que nunca, llevando pequeñas gotas de humedad, casi llanto, en sus pétalos de suavidad.

Aquello era demasiado. Salió al hall con la vista baja. Un hombre se acercaba. Le vio primero las puntas de los zapatos, después las piernas, las manos, ¡ah, no, Dios mío, era él!

—Perdone, le ruego, le imploro calma.

Entonces sí que lo miró a la cara. Sí, era él, la voz también era la misma.

El hombre siguió hablando: —Hay muchas cosas que no me explico. Por ejemplo...

—No siga. Tampoco me explico nada. ¿Tiene algún hermano?

—No, soy hijo único. Dos meses atrás un inspector de policía me mostró un retrato de alguien muy parecido a mí...

Sallieron a la calle, sin rumbo fijo. La noche estaba guapa, inquieta y prometedora. Rebeca siguió inconscientemente un camino lleno de automóviles y de luces de colores. De improviso se encontraron sentados en un café que él no conocía.

Una mano fuerte y velluda, que se movía cerca de una taza blanca con pintas verdes, soltó una cucharilla. Dos ojos negros y profundos la siguieron en toda su extensión: allí estaban el brazo, la boca, los ojos y el pelo. Se acercó a ella, la tomó entre las suyas, finas y suaves, y dijo:

—Mi Ricardo...

El, transfigurado, con los ojos irreales y distantes, se acercó a ella y musitó:

—Mi bailarín de los pies desnudos...

Allá, unas rejas que guardaban a un hombre olvidado; un niño que jugaba con un perro; una madre y dos tías. Sólo la madre estaba enterada de todo: ella sabía que eran hermanos y que siempre, al menos desde chicos, antes de que el padre los separara, se habían presentado, se habían llamado y querido; después, ya hombres, se habían ignorado. Pero ella, que tenía en su recuerdo y en su corazón la pieza que faltaba en el puzzle, jamás se enteró de nada, ni siquiera de un viaje al Sur, al Sur de la ciudad...

El Botiquín de Maquiavelo

De GERMAN ARCINIEGAS—



Algunas veces me encuentro por las calles de la Universidad con un viejo rebozante de alegre juventud, brillantes los ojos, muy fina la silueta, con una graciosa boina terciada sobre la blanca cabeza. Es Prezzolini. Durante años fué el director de la Casa Italiana. Hace dos que le llegó el tiempo de la jubilación y se retiró de la enseñanza. Asistió al último curso que dictó, naturalmente, sobre Maquiavelo. Ahora hace periodismo. Siempre lo ha hecho. Desde los tiempos en que en "La Voce", en Leonardo" o en "Il Regno" colaboraba con Panini, Borge, Salvemini, hasta el día de hoy, en que escribe para los diarios de Roma, Florencia y Milán. Para Prezzolini el periódico es la zona franca donde las letras y la vida común se compenetran y se ven las caras con menos academismo. Los accidentes de la lucha reunen o dispersan a quienes hacen periodismo, como es natural que ocurra en nuestro mundo polémico. Prezzolini ve estas cosas con un poco de ironía y un poco de escepticismo. A veces deja una tremenda impresión de asectismo.

Su cuarto es tan diminuto que en la propia repisa que él se ha construido no caben dos docenas de libros. Tiene ahí una brevísima biblioteca volante que se renueva como las hojas del calendario. Una vez que ha leído un libro, lo regala a la Casa Italiana. La Casa está a la vuelta de su esquina, y es su biblioteca. Si se ve apurado, camina dos cuadras, y ahí está la biblioteca general de la Universidad: tres millones de volúmenes.

En el libro de sus memorias trae Prezzolini recuerdos deliciosos de su juventud. No terminó cursos en el liceo, porque oportunamente se puso en conflicto con los maestros. Pero anduvo siempre entre los dos bandos: el de los buenos estudiantes y el de los malos. Con los buenos, eran los debates sobre letras, el tema de las humanidades, la poesía, el arte: a todo eso estaba más despierto que atento, y lo seguía hasta el límite en donde ya esas cosas se vuelven o erudición o academia. Con los malos era la farra, la salida a las calles pecaminosas, la rebeldía física. Con estos iba hasta el punto en donde su desenfreno se convierte en un arte bárbaro de sólo tirar piedras. Esta doble juventud se ha proyectado en él hasta estos años que ahora vive, que son setenta.

Quizás hubo en su formación un elemento diverso que también tiene su importancia. Su padre fué un perfecto. Los deberes del servicio le obligaban a ir de una ciudad a otra, moviéndose de palacio en palacio, como son las residencias de los prefectos en Italia. El mozo no fué ni un florentino, ni un liguence, ni un ferrarense, como esos otros cuya vida queda fijada entre el marco de una vieja ciudad. Prezzolini era, simplemente, un italiano. Y Prezzolini el viejo, al llegar a cada nuevo palacio, en donde encontraba vastos muros cubiertos de damasco, muebles que llenaban todos los ambientes tenía que buscarse un sitio para parar las tablas de un estante e improvisar su biblioteca.

Prezzolini ha debido combinar la ligereza de una biblioteca portátil con su existencia real. Tiene el libro como un punto de apoyo, pero no deja que su peso le anonade. Lo fundamentalmente maquiavélico en su manera consiste en documentarse, no en las letras, sino en la contemplación descarnada de la vida. Esto puede llevar a las propias fronteras del cinismo, pero no se asusta. No le parece que sea propio de una persona inteligente cubrir con unas cortinas de pudor barato las carnes desnudas de la verdad. Una vez se distanciaron, para el resto de sus vidas, Salvemini y Prezzolini. Prezzolini cree que Salvemini era un idealista que llegaba a mentir calculadamente por defender su ideal. Y estudiando el caso, dice en sus memorias: "Salvemini no ha comprendido que la política es un arte como la escultura, que ensucia las manos; que la política aprovecha la greda (algunos dicen que el estiércol) de los hombres, y quien quiera hacer con esa materia una estatua no puede ni siquiera recurrir a los guantes..."

En seguida, Prezzolini saca estas máximas de su botiquín maquiavélico: "La política no está hecha toda de embustes, pero no se hace sin embustes; no es toda componendas, pero no se hace sin componendas; no es toda imaginación, pero no se hace sin imaginación; no es toda retórica, pero no se hace sin retórica, y quien no es capaz de mentir, de enredar, de andar con subterfugios, de hacer el histrión, sería mejor que buscara otro oficio. Un político debe tomar en cuenta las fuerzas reales de la mayoría de los hombres que son la ambición, la vanidad, la avaricia, la concupiscencia, la venganza, la imbecilidad, a las cuales debe satisfacer. La política de las manos limpias nunca ha perdurado y quienes la han intentado han fracasado. Así fracasó Salvemini".

Amargas frases, y noble elogio para Salvemini, aunque un tanto irónico. Y frases en que apoya su defensa Prezzolini. Como eso es la política, no entró en la política. ¿Es un gran desencantado? Quizás sí, quizás no. El quiere negarlo apoyándose en el "como yo sabía que eso era así..." Pudo ser un tornillo en la máquina política, y aun llave maestra, cuando Mussolini. Se trató con él siempre de tú, pero no entró a su gobierno ni a su partido. ¿Fué cálculo? ¿Fué suerte? ¿Fué propósito deliberado? Una vez el Duce debía recibirlo solo, en el Palacio de Venecia, a una hora en que no solía dar entrevistas. Todo el mundo sabía que eran amigos, y Prezzolini, para llegar a tiempo, estuvo media hora antes en un café vecino. "Mientras tomaba el café no se le acudió más que un pensamiento: a nadie se le ha presentado una ocasión mejor para matarlo. Nadie le iba a requisar a la entrada. Nadie iba a interponerse. Conseguir un revólver no era un problema. Tenía entre sus manos todo un átomo de la historia que podría descomponerse allí mismo. ¿Por qué no lo hizo? No: apenas se trataba de un ejercicio espiritual, de una diversión de la inteligencia. Era el Observatore florentino..."

Pintores Mexicanos.—

LEOPOLDO ESTRADA

Por Alfonso Enrique Barrientos



A atmósfera de México, será siempre la mejor atmósfera de América para que florecan las más variadas escuelas de pintura. El "aire" de la meseta del Anáhuac es un cristal purísimo a través del que puede pasar la luz del sol para iluminar en forma directa los colores, cada día más fijos, de la pintura mexicana.

Leopoldo Estrada es uno de los maestros que no por jóvenes son menos definitivos en el movimiento plástico de mayor significación en la actualidad americana. Dos son las aficiones más trascendentes en que se orienta su pintura: el retrato y el traslado al lienzo de los motivos más populares de la juguetería de este país. Pero he aquí que con ser tan disímiles esas tendencias suyas en ambas se aprecian las cualidades que a este último tiempo le están propiciando, dentro del panorama pictórico mexicano, su inconfundible personalidad.

Estrada es el taumaturgo del color. Sus matices son de lo más limpio y como "formalista" que es, impulsado asimismo por la corriente de un naturalismo tan propio, el arte suyo ha sabido sacar el mejor partido del dibujo en el cual se advierte un completo dominio.

En el retrato consigue Estrada captar los rasgos psicológicos del modelo y las actitudes más propias de la personalidad de aquél. "Nunca he sido aficionado a pintar rostros bonitos — me dijo sentencioso — y prefiero aquellos que poseen un rasgo extraño, una característica especial, una actitud inconfundible".

Abundan en su obra, entre los numerosos retratos que ha realizado, las más humanas caras que en esta época enrostran su propia vida en este país en que la incertidumbre, como en todo sitio del mundo actual, se sigue posesionando del hombre. Todo esto puede decirse que ocurre en lo que ha dado en llamarse "primer término", porque el "segundo" el pintor ha sabido resolver un problema que pocos maestros del pincel han encarado. "El trabajo del pintor — afirma — empieza en el ambiente". Por ello cuando se observa un retrato de Estrada si los ojos se detienen en la primera figura, la imaginación avanza hasta tocar los planos siguientes en que aparece de común el ambiente propio en que "vive" el retrato.

Un perfecto equilibrio armoniza los dos procedimientos del pintor: me refiero al modo intelectual de desarrollar el cuadro y al "oficio" con que lo consigue. En el primer caso es notable la secuencia con que las figuras se encadenan en un proceso psíquico que es un firme punto de partida para el análisis de la obra de este pintor. En el segundo el pincel consigue, con acabada técnica, poner de relieve el rasgo físico más señalado de sus modelos. En realidad un rostro "bonito", como apunta el maestro no podría ser perfectamente captado por este pincel que escoge dentro de lo común del hombre el rasgo que lo hace inconfundible y que en cada ser humano revela su propia idiosincracia.

LA JUGUETERIA

Dije que Estrada es el taumaturgo del color y este juicio queda definitivamente afirmado



cuando se observa la soltura, que a veces llega al atrevimiento, con que matiza sus juguetes; formas folklóricas de la imaginación del hombre primitivo de México un tanto adultereadas con la influencia cristiana de la conquista. Si fuera poca la originalidad de este pintor cuando revela su colorido, en la temática de esta otra tendencia, hay que reconocer que él es el primero de este país que traslada al lienzo con la mayor fidelidad cuanto juguete ha brotado de las manos del alfarero.

Cuando llegue a hacerse el examen completo de las tendencias más originales en la pintura mexicana se reconocerá a Estrada como el iniciador de este movimiento, juzgado acaso con puerilidad pero que tiene profundos arraigos en la plástica moderna.

En las manos del alfarero el juguete no puede alcanzar ni renovadas formas que en el arte decadente llegan a la estilización; ni menos el acabado con que la máquina en toda fabricación moderna lo produce en otras partes del mundo. La alfarería está condenada a desaparecer, cuando menos en la forma natural con que se produce hoy, de la misma manera en que han ido desapareciendo otras manifestaciones del folklore americano.

Pero he aquí que en la obra magnífica y por tanta cualidad encomiástica, de Leopoldo Estrada, aquellos objetos a veces tan extraños y otras tan curiosos quedarán eternizados en el lienzo. El pintor que en esta afición tan propia se deja llevar por la corriente de un naturalismo obligado añade a los objetos una fantasía tan fecunda que en sus cuadros se nota la renovación tan ayuna en los creadores primitivos de los objetos.

De propósito nuestro pintor, y con el fin de darle mayor naturalidad a las figuras de la juguetería, realiza algunos de sus cuadros de este tema en un estilo muy apegado a la técnica empírica con que fueron fabricados esos objetos. Pero he aquí que Estrada logra el dominio más absoluto del color en estas pequeñas obras que constituyen, dentro de su arte, la nota más original.

SU OPTIMISMO

Precisamente cuando en este mundo de incertidumbre y angustia se puebla el arte de tanta manifestación reveladora de

HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO

Por Rafael Obregón Loria

Gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia



SUMIO el Poder el doctor Rafael Angel Calderón Guardia el 8 de mayo de 1940, y durante su administración se separó del Poder:

Del 1º al 6 de diciembre de 1941, por viaje a Nicaragua, sustituyéndolo don Francisco Calderón Guardia;

del 25 al 29 de enero de 1943, por viaje a Panamá y del 1º al 4 de febrero de 1943, por nuevo viaje a Nicaragua, sustituyéndolo en ambas ocasiones, el doctor Rafael Calderón Muñoz;

del 4 al 15 de marzo de 1943, por viaje a México y a Cuba, sustituyéndolo don Jorge Hine Saborio.

Designados a la Presidencia de la República

Durante el gobierno del doctor Calderón Guardia fungieron como Designados a la Presidencia de la República, los siguientes ciudadanos: doctor Rafael Calderón Muñoz, Primer Designado; don Jorge Hine Saborio, Segundo Designado; y don Francisco Calderón Guardia, Tercer Designado.

Secretarios de Estado en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia

Licenciado Alberto Echandi Montero: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto. Del 1º al 6 de diciembre de 1941 tuvo a su cargo las Carteras de Hacienda, Comercio y Fomento.

Don Francisco Calderón Guardia: Gobernación, Policía, Trabajo, Previsión Social y Seguridad Pública. A partir del 30 de abril de 1942 renunció las cuatro primeras Carteras y continuó con la de Seguridad Pública.

los más horrendos traumas, Leopoldo Estrada se alza como el pincel del optimismo, de la claridad, de la esperanza y de la gracia en esta gran ciudad cuyo cielo a veces se torna gris. Su estudio —un pequeño departamento de los alrededores de La Concepción, al que penetra un sol tibio y brillante— revela el estado anímico de este joven pintor tan ajeno a la amargura, a la incertidumbre, a la violencia.

Es necesario poner siquiera una nota de gracia de nuestra parte en esta hora dolorosa del mundo; esta sentencia suya puede servir de base para conocer lo que en otras épocas pudo llamarse su "manifiesto", su presencia en el concierto del arte universal. Fiesta en el color, pureza en la forma, optimismo en los temas y una gran esperanza por superar cada día su obra, son las características indispensables para que otro pintor (de la palabra) ponga en el retrato de Leopoldo Estrada, en un intento más feliz que esta nota de captar su personalidad múltiple.

México, 1954.

Alfonso Enrique Barrientos

(Envío de Luis Ferrero Acosta Corresponsal de LA REPUBLICA, en México).

Licenciado Octavio Beeche Argüello: Hacienda y Comercio hasta el 4 de setiembre de 1940 en que fué nombrado Delegado del Comité Financiero en Washington.

Licenciado Luis Demetrio Tinoco Castro: Educación Pública hasta el 29 de febrero de 1944 en que renunció. Del 25 de setiembre al 9 de octubre de 1940, del 8 al 17 de enero de 1942, y del 24 al 31 de agosto de 1943, estuvo encargado de las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto, por ausencia del titular licenciado Echandi. Del 12 de abril al 14 de agosto de 1943 estuvo encargado de las Carteras de Hacienda y Comercio. Del 4 de abril al 14 de mayo de 1941 tuvo a su cargo las Carteras de Salubridad Pública y Protección Social por ausencia del titular doctor Luján.

Ingeniero Alfredo Volio Mata: Fomento y Agricultura hasta el 15 de abril de 1942 en que renunció.

Doctor Mario Luián Fernández: Salubridad Pública y Protección Social hasta el 14 de agosto de 1943 en que renunció.

Don Carlos Manuel Escalante Durán: Hacienda y Comercio del 4 de setiembre de 1940 al 12 de abril de 1943 en que renunció por haber sido nombrado Embajador en los Estados Unidos. Del 23 al 30 de enero de 1943, y del 3 al 15 de marzo de 1943, tuvo a su cargo las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto, por ausencia del titular señor Echandi.

Don Jorge Zeledón Castro: Fomento, Agricultura e Industrias desde el 15 de abril de 1942. A partir del 29 de agosto de 1942 dejó las Carteras de Agricultura e Industrias. Renunció la de Fomento el 30 de octubre de 1943.

Licenciado Carlos María Jiménez Ortiz: Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social desde el 30 de abril de 1942. A partir del 13 de setiembre de 1943 dejó las Carteras de Trabajo y Previsión Social. Renunció las de Gobernación y Policía el 22 de enero de 1944.

Ingeniero Mariano Montealegre Carazo: Agricultura e Industrias desde el 29 de agosto de 1942, en que se separaron estas Carteras de la de Fomento.

Don Francisco de Paula Gutiérrez Ross: Hacienda y Comercio desde el 14 de agosto de 1943. Del 30 de octubre de 1943 al 17 de enero de 1944 tuvo a su cargo la Cartera de Fomento.

Doctor Solón Núñez Frutos: Salubridad Pública y Protección Social desde el 14 de agosto de 1943. Del 24 al 28 de setiembre de 1943 tuvo a su cargo la Cartera de Educación Pública por ausencia del licenciado Tinoco.

Licenciado Miguel Brenes Gutiérrez: Trabajo y Previsión Social desde el 13 de setiembre de 1943 en que estas Carteras se separaron de la Gobernación.

Ingeniero Ricardo Fernández Peralta: Fomento, desde el 17 de enero de 1944. Del 22 de enero al 21 de febrero de 1944 tuvo a su cargo las Carteras de Gobernación y Policía.

Licenciado Fernando Soto Ha-

rrison: Gobernación y Policía, desde el 21 de febrero de 1944.

Profesor Hernán Zamora Elizondo: Educación Pública, desde el 29 de febrero de 1944.

Sub Secretarios de Estado en el gobierno del doctor Calderón Guardia

Licenciado Máximo Quesada Picado: Gobernación y Policía desde el 29 de noviembre de 1941. Del 1º al 6 de diciembre de 1941, y del 26 de julio al 6 de setiembre de 1943, estuvo al frente del Despacho.

Coronel Manuel Rodríguez Torra: Seguridad Pública, desde el 29 de noviembre de 1941. Del 1º al 6 de diciembre de 1941 estuvo al frente del Despacho.

Don Manuel de Jesús Quirós Troyo: Fomento y Agricultura del 29 de noviembre de 1941 al 17 de abril de 1942 en que renunció. Estuvo a cargo del Despacho por unos días en diciembre de 1941 por ausencia del titular señor Volio.

Don Salvador Bonilla Sáenz: Hacienda y Comercio, desde el 28 de marzo de 1942. Desde esa fecha al 22 de abril de 1942, y del 29 de febrero al 20 de marzo de 1944, estuvo a cargo del Despacho.

Licenciado Humberto Carrillo Cruz: Educación Pública, desde el 21 de marzo de 1942. Desde esa fecha hasta el 23 de mayo de 1942, por ausencia del titular licenciado Tinoco, estuvo al frente del Despacho.

Don Alberto Sáenz Oremano: Fomento, desde el 4 de diciembre de 1942. Desde esa fecha al 20 de diciembre de 1942, y del 22 de julio al 24 de setiembre de 1943, estuvo a cargo del Despacho por ausencia del titular señor Zeledón.

Don Mariano Guardia Montealegre: Seguridad Pública, del 4 al 17 de marzo de 1943 (gobierno de don Jorge Hine).

Doctor RAFAEL ANGEL CALDERON GUARDIA



PADRES: Rafael Calderón Muñoz y Ana María Guardia Mora.

NACIO en San José el 10 de marzo de 1900.

CASO en primeras nupcias en Amberes en 1928 con Ivonne Clays, y en segundas nupcias en San José en 1948 con Rosario Fournier Mora.

Muy joven se trasladó a Bélgica ingresando a la Universidad de

Lovaina para realizar estudios de medicina, y más tarde pasó a la Universidad Libre de Bruselas, donde se graduó de médico y cirujano en 1927. En el Hospital San Juan de Dios ha sido médico interno, asistente de Cirugía, Jefe de Clínica y Cirujano Jefe. Presidente de la Facultad de Medicina de Costa Rica. Vice Presidente de la Liga Anti Cancerosa. Miembro de la Directiva del Sanatorio Durán. Profesor de la Escuela de Enfermería y Obstetricia. Miembro del Consejo Internacional de Cirujanos. Cónsul de Bélgica en nuestro país. Presidente de la Federación Deportiva de Costa Rica. Vice Presidente de la Municipalidad de San José. Diputado en dos periodos, y Vice Presidente y Presidente del Congreso Constitucional. Presidente de la República de 1940 a 1944. Postulado nuevamente como candidato a la Presidencia de la República, participó en las elecciones de 1948 y las perdió; esa campaña política que fué turbulenta terminó con la guerra civil, y el doctor Calderón Guardia se alejó del país. Unos meses más tarde, en diciembre de ese mismo año, intentó con algunos partidarios suyos una invasión por la frontera norte, movimiento revolucionario que fracasó totalmente.

VIVE en la ciudad de México.

Doctor RAFAEL CALDERON MUÑOZ



En calidad de Primer Designado ejerció el Poder del 25 al 29 de enero, y del 1º al 4 de febrero de 1943, reemplazando al Presidente Calderón Guardia.

PADRES: Adolfo Calderón Calderón y María Muñoz Vargas.

NACIO en San José el 24 de octubre de 1869.

CASO el 15 de mayo de 1899 con Ana María Guardia Mora.

Se graduó de médico en la Universidad de Lovaina, en Bélgica, y luego hizo una práctica en París. Regresó a Costa Rica en noviembre de 1897. Profesor de la Escuela de Farmacia. Superintendente del Hospital San Juan de Dios. Cónsul de Costa Rica en San Francisco de California. Diputado en tres legislaturas. Vice Presidente del Congreso, ejerció la Presidencia por muerte del titular señor Rohrmoser. Fué declarado Benemérito de la Patria el 4 de junio de 1943.

MURIO en San José el 15 de junio de 1943.

Don JOSE SA...



(sus datos...)
En calidad de Segundo Designado ejerció el Poder del 25 al 29 de enero de 1943, reemplazando al Presidente Calderón Guardia.

Don FRANCISCO CALDERON GUARDIA



En calidad de Tercer Designado ejerció el Poder del 1º al 4 de febrero de 1943, reemplazando al Presidente Calderón Guardia.

Muy joven se trasladó a Bélgica ingresando a la Universidad de Lovaina para realizar estudios de medicina, y más tarde pasó a la Universidad Libre de Bruselas, donde se graduó de médico y cirujano en 1927. En el Hospital San Juan de Dios ha sido médico interno, asistente de Cirugía, Jefe de Clínica y Cirujano Jefe. Presidente de la Facultad de Medicina de Costa Rica. Vice Presidente de la Liga Anti Cancerosa. Miembro de la Directiva del Sanatorio Durán. Profesor de la Escuela de Enfermería y Obstetricia. Miembro del Consejo Internacional de Cirujanos. Cónsul de Bélgica en nuestro país. Presidente de la Federación Deportiva de Costa Rica. Vice Presidente de la Municipalidad de San José. Diputado en dos periodos, y Vice Presidente y Presidente del Congreso Constitucional. Presidente de la República de 1940 a 1944. Postulado nuevamente como candidato a la Presidencia de la República, participó en las elecciones de 1948 y las perdió; esa campaña política que fué turbulenta terminó con la guerra civil, y el doctor Calderón Guardia se alejó del país. Unos meses más tarde, en diciembre de ese mismo año, intentó con algunos partidarios suyos una invasión por la frontera norte, movimiento revolucionario que fracasó totalmente.

CASO el 15 de mayo de 1899 con Ana María Guardia Mora.

Se graduó de médico en la Universidad de Lovaina, en Bélgica, y luego hizo una práctica en París. Regresó a Costa Rica en noviembre de 1897. Profesor de la Escuela de Farmacia. Superintendente del Hospital San Juan de Dios. Cónsul de Costa Rica en San Francisco de California. Diputado en tres legislaturas. Vice Presidente del Congreso, ejerció la Presidencia por muerte del titular señor Rohrmoser. Fué declarado Benemérito de la Patria el 4 de junio de 1943.

MURIO en San José el 15 de junio de 1943.



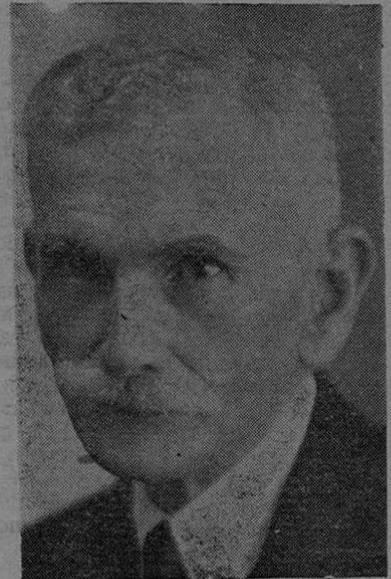
OTIVO EN COSTA RICA (33)

SABORIO

(sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia.

Licenciado **OCTAVIO BEECHE ARGUELLO**



(sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia hasta el 4 de setiembre de 1940.

Licenciado **LUIS DEMETRIO TINOCO CASTRO**



Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia, hasta el 29 de febrero de 1944.

PADRES: Luis Demetrio Tinoco Gutiérrez y Oliva Castro Gutiérrez.

NACIO en Cartago el 26 de setiembre de 1905.

CASO con Carlota Alvarado Lahmann.

Se graduó de licenciado en leyes el 29 de diciembre de 1926. En los Estados Unidos, en los años 1927 y 1928, siguió cursos especiales de Economía y Finanzas, en la Universidad de Columbia, en New York, y en la Foreign Service School de la Universidad de Georgetown, en Washington. A su regreso al país fué profesor en el Liceo de Costa Rica y en la Escuela Nacional de Agricultura, y luego catedrático de la

Escuela de Derecho. En la segunda administración del licenciado Cleto González Víquez fué, por algún tiempo, Sub Secretario de Hacienda y Comercio. De 1932 a 1936 fué diputado al Congreso Constitucional. En el gobierno del doctor Calderón Guardia sirvió como recargo, accidentalmente, las Carteras de Hacienda y Comercio, y las de Relaciones Exteriores y anexas. Ha sido Embajador en Misión Especial ante los Gobiernos de Argentina, Colombia, Chile y Perú, y Ministro diplomático en Francia, Bélgica y la Santa Sede. Presidente de la Conferencia de Ministros de Educación Pública de Centro América y Panamá en 1942. Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de nuestra Universidad. Al licenciado Tinoco Castro se debe en gran parte el restablecimiento de la Universidad de Costa Rica. Es hombre de amplia cultura, y ha realizado y publicado trabajos de mucha importancia en el campo de la investigación económica y de la historia patria.

VIVE en San José.

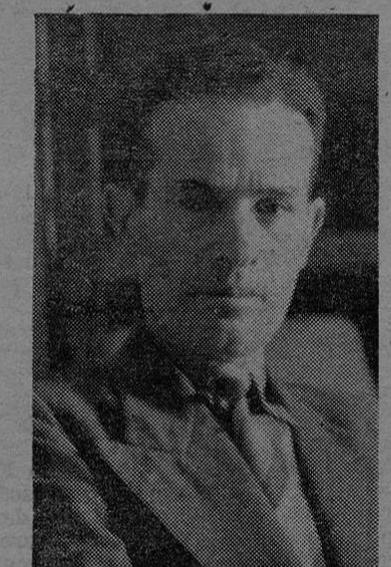
Ingeniero **ALFREDO VOLIO MATA**



(sus datos personales serán consignados más adelante)

Secretario de Estado en las Carteras de Fomento y Agricultura en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia, hasta el 15 de abril de 1942.

Doctor **MARIO LUJAN FERNANDEZ**



Secretario de Estado en las Carteras de Salubridad Pública y Pro

tección Social en el gobierno del doctor Calderón Guardia, hasta el 14 de agosto de 1943 en que renunció.

PADRES: Manuel Luján Mata y Ester Fernández Bolandi.

NACIO en San José el 21 de octubre de 1900.

CASO en París con Susana Clair de Kema.

Se graduó de médico y cirujano en la Universidad de París en 1928. Jefe de Sanidad de San José. Profesor en las Escuelas de Enfermería y Farmacia. Médico del Servicio Infantil del Hospital San Juan de Dios. Médico Jefe del Policlínico del Seguro Social.

Vive en San José.

Don **CARLOS MANUEL ESCALANTE DURAN**



Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia, del 4 de setiembre de 1940 al 12 de abril de 1943.

PADRES: Luis Escalante Fernández y Anita Durán de Vars.

NACIO en San José el 7 de octubre de 1902.

CASO con Berta Van Patten Prestihary.

Su principal ocupación ha sido la agricultura, y es socio de la acreditada firma "Luis Escalante e Hijos", productora y exportadora de café. En 1940 fué electo diputado al Congreso Constitucional. En setiembre del mismo año fué nombrado Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda y Comercio, y en dos oportunidades estuvo encargado, accidentalmente, de las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto. De 1940 a 1943 actuó como Consejero del Departamento Emisor del Banco Nacional de Costa Rica. En diciembre de 1940 desempeñó el cargo de Embajador Extraordinario en Misión Especial ante el gobierno de la República de México. En abril de 1942 estuvo en los Estados Unidos como Agente Financiero del gobierno de Costa Rica. En abril de 1943 fué nombrado Embajador de Costa Rica en los Estados Unidos. En julio de 1945 se le nombró Embajador Extraordinario en Misión Especial ante el gobierno de la República del Perú. El señor Escalante Durán ha viajado por Europa y numerosos países de América, hombre culto y de exquisito trato, hábil diplomático, muy en-

terado de todos los problemas nacionales de trascendencia.

VIVE en San José.

Don **JORGE ZELEDON CASTRO**

(no tenemos ni datos ni fotografía)

Secretario de Estado en la Cartera de Fomento en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia, del 15 de abril de 1942 al 30 de octubre de 1943.

Licenciado **CARLOS MARIA JIMENEZ ORTIZ**



(sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación y Policía en el gobierno del doctor Calderón Guardia, del 30 de abril de 1942 al 22 de Enero de 1944.

Ingeniero **MARIANO MONTEALEGRE CARAZO**



Secretario de Estado en las Carteras de Agricultura e Industrias en el gobierno del doctor Calderón Guardia, desde el 29 de agosto de 1942.

PADRES: Mariano Montealegre Gallegos y Adelia Carazo Peralta. **NACIO** en San José el 26 de noviembre de 1876.

CASO con Sara Aguilar Morúa.

Hizo sus estudios secundarios en Ginebra, Suiza, donde obtuvo su bachillerato en 1893, y luego

datos personales ya fueron consignados

FRANCO CALDERON GUARDIA



calidad de tercer Designado el 19 al 6 de diciembre de 1940 reemplazando al doctor Calderón Guardia.

En su juventud viajó a Europa, donde se dedicó a la cultura. Pasó a trabajar al Banco Nacional de Costa Rica. En el gobierno de su hermano, desempeñó las Carteras de Fomento y Agricultura. En 1940 a 1942 fué hombre de influencia política.

ANTONIO ECHANDI



pasó a Inglaterra —siguiendo la tradición de los Montealegre— y se graduó allí en ciencias agrícolas en 1896 en el Colegio Dowton. Regresó a Costa Rica al siguiente año y comenzó a trabajar en la finca de su padre, y más adelante en la finca de Von Schroeter, habiendo también servido por un tiempo como Consejero de la firma Schlubach Sapper de Guatemala. Luego y por un período de casi treinta años, ocupó la posición de Superintendente Agrícola de la Firma Lindo Bros. de Costa Rica. Prestó también sus servicios a los señores Rohrmoser Hermanos y a don Francisco Montealegre. Como primer Ministro de Agricultura que tuvimos, a la bor del señor Montealegre Carazo en la reorganización y creación de Departamentos, mejoramiento de sistemas agrícolas, instalación de los servicios de Estadística de Producción, de Colonias y Distribución de Tierras, Control de la Langosta, Apicultura, Centros Regionales de Agricultura, etc. etc. es de una trascendencia enorme para el país. El Sr. Montealegre C. fué además parte muy principal en el establecimiento del Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de Turrialba. Ha sido Director del Instituto de Defensa del Café de Costa Rica por muchos años, y ha publicado muchos artículos y trabajos importantes sobre temas agrícolas.

VIVE en San José.

Don FRANCISCO DE PAULA GUTIERREZ ROSS



Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del doctor Calderón Guardia, desde el 14 de agosto de 1943.

PADRES: Agustín Gutiérrez Iglesias y Julia Ross Hazera.

NACIO en San José el 21 de abril de 1880.

CASO en 1911 con Stella Mangel Rosat.

Hizo sus estudios de segunda enseñanza en el Colegio Seminario y en el Colegio San Luis de Cartago. En 1923 y 1924 sirvió el cargo de Gobernador de la Provincia de Limón por nombramiento del Presidente Acosta. En mayo de 1930 fué electo diputado al Congreso Constitucional, cargo que sirvió hasta 1934 siendo los dos últimos años Vice Presidente del Congreso. En agosto de 1939 fué llamado por el Presidente Cortés al desempeño de la Secretaría de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio. En agosto de 1943 vino a formar parte del gobierno del doctor Calderón Guardia, sirviendo las mismas Carteras hasta el final del período, y teniendo por algún tiempo

como recargo, la Cartera de Fomento. El Presidente Picado le confió desde el principio de su gobierno el delicado cargo de Embajador de Costa Rica en Washington, donde estuvo hasta el final de ese gobierno. A pesar de todas estas actividades que el señor Gutiérrez Ross sirvió con especial acierto, hemos de decir que su principal ocupación ha sido la de agricultor, habiendo ejercido esas actividades en la Zona Atlántica, en donde posee actualmente finca de cacao y abacá.

VIVE en San José.

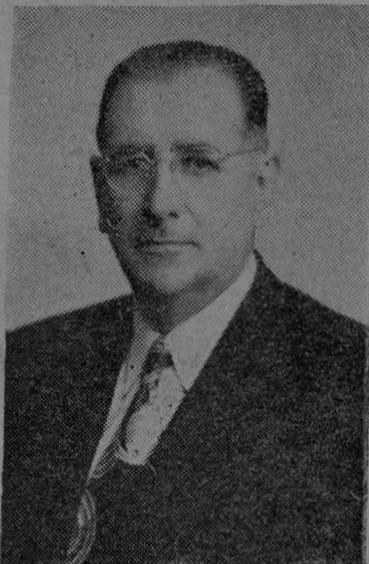
Doctor SOLON NUÑEZ FRUTOS



(sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Salubridad Pública y Protección Social en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia, desde el 14 de agosto de 1943.

Licenciado MIGUEL BRENES GUTIERREZ



Secretario de Estado en las Carteras de Trabajo y Previsión Social en el gobierno del doctor Calderón Guardia, desde el 13 de setiembre de 1943.

PADRES: Miguel Brenes Matriz y Elena Gutiérrez Urtecho.

NACIO en Cartago el 8 de mayo de 1894.

CASO en junio de 1916 con Margarita González Ulloa.

Se graduó de licenciado en leyes el 25 de mayo de 1922. Desempeñó la Agencia Fiscal de la Provincia de Cartago. Ingresó al Poder Judicial en 1928 en donde permaneció hasta setiembre de 1943, habiendo desempeñado durante ese período varias Alcaldías y Juzgados.

Al crearse la Secretaría de Estado en el Despacho de Trabajo y Previsión Social en setiembre de 1943, fué llamado al desempeño

de ella, en donde permaneció hasta el mes de agosto de 1947 en que presentó su renuncia. Durante su permanencia en el Ministerio de Trabajo fué Presidente de la Junta Directiva de la Caja Costarricense del Seguro Social y Presidente del Consejo Nacional de Producción. En 1946 fué a Montreal como Jefe de la Delegación a la Conferencia Internacional de Trabajo que se celebró en setiembre de ese año. En dos oportunidades sirvió como recargo, accidentalmente, las Carteras de Hacienda y Comercio. Ha sido Fiscal, Tesorero y Presidente del Colegio de Abogados de Costa Rica, desempeñando este último cargo en 1948 y 1949. Al triunfar la revolución de Abril de 1948 fué designado para Ministro de Seguridad Pública con el objeto de que recibiera las armas del ejército del gobierno e hiciera entrega de ellas a la revolución triunfante y para que ejecutara el pacto que se había firmado por ambas partes. Realizada su labor elevó su renuncia. En 1948 fué nombrado Director del Banco de Costa Rica, y en enero de 1950 fué electo por sus compañeros de Directiva como Presidente, permaneciendo en el desempeño de ese cargo hasta el 31 de diciembre de 1952 en que terminó el período para el cual había sido nombrado. Por el voto popular fué electo diputado a la Asamblea Constituyente de 1949 que promulgó la actual Constitución del país. Miembro de la Directiva de la Cámara de Agricultura en 1949 y 1950, fué electo Presidente de ese cuerpo para el año 1953. El licenciado Brenes Gutiérrez es un agricultor experimentado, y siempre se ha dedicado con entusiasmo a las labores de la tierra y a la ganadería en sus fincas de Guanacaste y Cartago.

VIVE en San José.

Ingeniero RICARDO FERNANDEZ PERALTA



Secretario de Estado en la Cartera de Fomento en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia, desde el 17 de enero de 1944.

PADRES: Ricardo Fernández Guardia y Ana Peralta Sancho.

NACIO en San José el 24 de noviembre de 1897.

CASO el 21 de mayo de 1916 con Felicia Piza.

Muy joven se trasladó a Europa y en Suiza hizo su educación secundaria en el Instituto de Lemania, de Lausana. Ingeniero Civil de la Facultad de Ingeniería de Costa Rica. Profesor de Matemáticas y de Cosmografía. Oficial de Artillería e Instructor del e-

jército, obteniendo el grado de Coronel. Catedrático de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Costa Rica. Jefe de Sanidad e Ingeniero de la Municipalidad de San José. Ingeniero Jefe del Ferrocarril al Pacífico. Ingeniero Jefe del Comité de Pavimentación y Saneamiento de San José. Ingeniero Consultor de la Secretaría de Fomento. Jefe de la Comisión Demarcadora de Límites con Panamá. Fundador y primer Director del Instituto Geográfico Nacional. Primer jefe de la Oficina del Presupuesto de la República. Accidentalmente, y como recargo, desempeñó la Secretaría de Gobernación y Policía en el gobierno del doctor Calderón Guardia. Durante la tercera administración del licenciado Ricardo Jiménez, formó parte de una Misión diplomática acreditada ante los gobiernos de Chile y Perú. El ingeniero Fernández Peralta, hombre de vasto talento y cultura, es una de las figuras más destacadas en el campo profesional y científico nacional. Ha cultivado la Astronomía con verdadera devoción y es indudablemente la persona más entendida en esta ciencia que hay en el país. Igualmente es uno de los que mejor conocen la geografía patria, habiendo publicado trabajos de gran interés y mapas de mucho valor, y es el más ilustre vulcanólogo con que contamos.

VIVE en San José.

Licenciado FERNANDO SOTO HARRISON



Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación y Policía en el gobierno del doctor Calderón Guardia, desde el 21 de febrero de 1944.

PADRES: Fernando Soto Guardia y Rita Harrison.

NACIO en San José el 24 de octubre de 1916.

CASO con Nora Uribe López.

Licenciado en Leyes. Profesor del Liceo de Costa Rica y de la Escuela de Derecho. Fué también Secretario de Gobernación y Policía en el gobierno del licenciado Teodoro Picado. Embajador de Costa Rica ante las Naciones Unidas, Presidió la Delegación de nuestro país a la primera reunión de la Asamblea General de las Naciones Unidas celebrada en Londres, siendo luego nombrado Vice Presidente de la Tercera Comisión (Asuntos Sociales, Humanitarios y Culturales). Miembro de la Directiva del Banco Nacional de Seguros. Miembro de la Junta Directiva de la Asociación Nacional de Banqueros. Ha publicado varios trabajos principalmente sobre temas de Derecho Internacional, destacándose entre ellos el libro titulado "Los Nuevos Horizontes del Derecho Internacional".

Como Secretario de Gobernación en el Gobierno del licenciado Picado se empeñó resuelta y decí-

didamente en darle al país una nueva legislación electoral que le garantizara la mayor pureza en el ejercicio del sufragio. Dentro de esa ideología consiguió que los licenciados José María Vargas Pacheco y Víctor Guardia Quirós le aceptaran integrar una Comisión para redactar un Proyecto de Ley Orgánica del Registro Electoral que sería la médula de la nueva legislación. La Comisión se integró con autorización de la Corte Suprema de Justicia, aumentada con el licenciado Alfredo Zúñiga Pagés, y el licenciado Soto Harrison presentó al Congreso el Proyecto redactado por la Comisión de Magistrados sin agregarle ni quitarle nada. Iniciada la discusión del Código Electoral y del citado Proyecto, parte del mismo, se presentaron en el seno de la Cámara innumerables mociones, lo cual despertó la idea entre la oposición nacional, de que el Código no se aplicaría en las elecciones de medio período. El licenciado Soto Harrison a instancia amistosa de don Fernando Lara y don Cipriano Güell dió declaraciones a la prensa ofreciendo que el Ejecutivo ampliaría las sesiones extraordinarias a fin de que se conociera de un proyecto de ley que éste presentaría tendiente a aplicar las disposiciones esenciales del Código Electoral en las citadas elecciones. El Presidente de la República por medio de la prensa desautorizó las declaraciones del señor Soto Harrison. Fué entonces cuando éste renunció a su cargo con el apoyo de la prensa de oposición al punto de que Diario de Costa Rica sonó sus sirenas en señal de protesta y de solidaridad con el ministro dimitente. El Presidente Picado pidió al señor Soto Harrison que volviera al Ministerio y presentara su proyecto tal como había prometido; y éste volvió al Ministerio sólo por el tiempo indispensable para enviar su proyecto al Congreso, en forma tan amplia que fué calificado por la oposición como un cheque en blanco.

Profesor HERNAN ZAMORA ELIZONDO



Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública en el gobierno del doctor Calderón Guardia, desde el 29 de febrero de 1944.

PADRES: Julián Zamora y Lola Elizondo.

NACIO en Heredia el 2 de setiembre de 1894.

CASO con Mélida Dobles.

Se graduó de licenciado en leyes el 11 de diciembre de 1920. Profesor de Castellano y Literatura. Director del Colegio Superior de Señoritas, de la Escuela Normal de Heredia y del Instituto de Alajuela. Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras

de la Universidad de Costa Rica. En la administración del licenciado Teodoro Picado desempeñó también la Secretaría de Educación Pública. Poeta y literato, ha publicado varias obras en prosa y en verso, algunos de dichos libros usados como textos en los colegios de segunda enseñanza. VIVE en San José.

Licenciado MAXIMO QUESADA PICADO



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación y Policía en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia, desde el 29 de noviembre de 1941.

PADRES: Nicanor Quesada e Isabel Picado.

NACIO el 7 de julio de 1911.

CASO con Gladys Padilla.

Licenciado en leyes. Secretario de la Gobernación de San José. Oficial Mayor de la Secretaría de Gobernación y Policía. Secretario de la Presidencia de la República. En el gobierno del licenciado Teodoro Picado desempeñó el cargo de Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación y Policía. En 1947 asistió como Representante de Costa Rica a las Conferencias de Río de Janeiro.

VIVE en San José.

Coronel MANUEL RODRIGUEZ TORRA

(No tenemos ni datos ni fotografía)

Sub Secretario de Estado en la Cartera de Seguridad Pública en el gobierno del doctor Calderón Guardia, desde el 29 de noviembre de 1941.

Don MANUEL DE J. QUIROS TROYO



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Fomento y Agricultura, del 29 de noviembre de 1941 al 17 de abril de 1942, en que renunció.

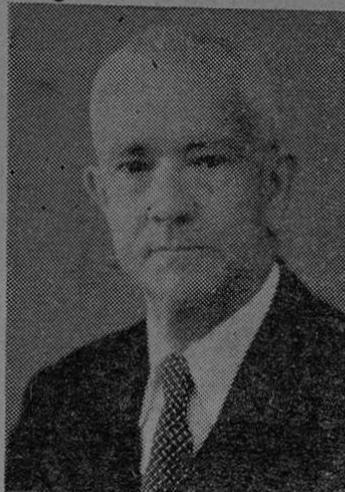
PADRES: Arcadio Quirós Fonseca y Amelia Troyo García.

NACIO en Cartago el 14 de setiembre de 1903.

CASO con Claudia Guier Cabezas.

Secretario de la Municipalidad de Cartago. Secretario de la Junta Administrativa del Colegio San Luis de Cartago. Tesorero Municipal de Cartago. Oficial Mayor y Auditor General de la Secretaría de Fomento del 9 de mayo de 1940 al 17 de abril de 1942 en que renunció. Como Sub Secretario de Estado se hizo cargo de las Carteras de Fomento y Agricultura por algún tiempo. Fué diputado al Congreso Constitucional.

Don SALVADOR BONILLA SAENZ



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del doctor Calderón Guardia, desde el 28 de marzo de 1942.

PADRES: Juan Diego Bonilla Barrantes y Gudelia Sáenz Sandoval.

NACIO en San José el 16 de marzo de 1880.

CASO con María Vega Castro.

Inició sus labores en el Poder Judicial como amanuense de la Sala de Casación de la Corte Suprema de Justicia en el año 1898, siendo años después nombrado Secretario del Juzgado Civil y Penal de San Ramón. Fué luego trasladado nuevamente a la Sala de Casación como Prosecretario de la misma, cargo que desempeñó varios años, siendo después designado para servir el cargo de Juez Civil y Penal de Santa Cruz de Guanacaste, de donde años después fué trasladado a Limón con el cargo de Juez Penal que desempeñó hasta fines de mayo de 1914. Para el período de cuatro años que se inició en junio de 1914 fué nombrado Juez Civil y Penal de San Ramón, puesto que hubo de dejar porque se había dictado una ley que sólo permitía ser Jueces a los licenciados en leyes. El señor Bonilla ostentaba desde varios años antes el título de Procurador Judicial. Se dedicó entonces a litigar y hacer estudios en el Registro Público hasta el año 1924 en que fué llamado al desempeño del puesto de Oficial Mayor del Ministerio de Gobernación y Policía, del que se separó en 1928 en que volvió a sus labores profesionales por un corto período, pues se produjo la creación del Servicio Nacional de Electricidad, y la Junta Directiva lo nombró Oficial Mayor, cargo que desempeñó hasta 1932, en que al iniciarse el tercer gobierno del licenciado Ricardo Jiménez, fué llamado a servir el puesto de Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda y Comercio. En marzo de 1942 se le investió con el carácter de Sub Secretario de Estado, y en dos oportunidades estuvo a cargo del Despacho. Posteriormente fué nombrado Jefe del Departamento Cedral de Ingresos, hasta

mediados de 1952, en que se retiró para disfrutar de una merecida jubilación.

VIVE en San José.

Licenciado HUMBERTO CARRILLO CRUZ



Sub Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública, desde el 21 de marzo de 1942.

PADRES: Humberto Carrillo Castro y Marta Cruz Meza.

NACIO en San José el 6 de noviembre de 1914.

CASO el 22 de noviembre de 1941 con Flora Cardona Cooper.

Se graduó de licenciado en leyes el 3 de diciembre de 1938 y obtuvo su título de Notario Público el 16 de agosto de 1944. Durante la administración del doctor Calderón Guardia fué nombrado Oficial Mayor de la Secretaría de Educación Pública, y luego fué ascendido a Sub Secretario de Estado, habiendo estado a cargo del Despacho en varias oportunidades por ausencia del titular licenciado Luis Demetrio Tinoco, con quien cooperó intensamente en la creación de las leyes constitutivas de la Universidad de Costa Rica, Escuela de Enseñanza Especial, Consejo Nacional de Educación Física, Asociación Nacional de Educadores (ANDE) y en la recopilación y concatenación de todas las leyes educacionales para formar, en un sólo tomo, el Código de Educación vigente. Renunció su cargo el 25 de julio de 1944. Actualmente se encuentra dedicado exclusivamente a su bufete profesional.

VIVE en San José.

Don ALBERTO SAENZ OREAMUNO

(No tenemos ni datos ni fotografía)

Sub Secretario de Estado en la Cartera de Fomento desde el 4 de diciembre de 1942.

Don MARIANO GUARDIA MONTEALEGRE

(No tenemos fotografía)

Sub Secretario de Estado en la Cartera de Seguridad Pública del 4 al 17 de marzo de 1943.

PADRES: Mariano Guardia Carazo y Ester Montealegre Echeverría.

NACIO en San José.

CASO con Lucilita Montealegre Morales.

Se ha dedicado principalmente a las labores agrícolas. Desempeñó la Sub Secretaría de Estado en la época en que don Jorge Hine se hizo cargo del Poder por viaje a varios países del Presidente Calderón Guardia.

VIVE en San José.

CUARENTA Y SEIS.

Un Alto en el Sendero

Obra estudiada: EN BUSCA DEL GRIAL,
líricas de Roberto Brenes Mesén. — 1935.

Distinguido señor Director:

Declara el Poeta, en este libro editado en España, que la vida interna suya ha sido la de un caballero andante en busca del Santo Grial. En 1935, cuando acaba de cumplir sesenta años, comprende que va acercándose a la selva que sirve de natural defensa al Castillo Monsalvat. Ha publicado, hasta entonces, cinco libros de versos: *En el silencio*; *Hacia nuevos umbrales*; *Voces del Angelus*; *Pastorales y Jacintos* y *Los Dioses Vuelven*. Cree que, desde entonces, la futura obra poética suya ha de tomar nueva orientación. Como para marcar el principio de esa labor, selecciona de los cinco volúmenes anteriores, lo que le parece perteneciente a la época inicial.

Brenes Mesén tiene el privilegio de realizar él mismo la elección de aquellos poemas que merecen el honor de aparecer en la propia antología. Y, en verdad, el Poeta, obedeciendo a su indiscutible gusto artístico, de cada uno de los libros por él publicados, escogió —flor entre flores— lo más perfecto.

Con severidad exagerada ha criticado cuanto escribió. En la serie de líricas titulada *En el silencio* —1907— señaló como dignos de no ser olvidados, cuatro poemas solamente. Y en verdad que son los más característicos: *Las aventuras de Arión*; *Lamento de Leopardi*; *Juan y Jesús*; *El ave rara*. Por un capricho romántico, agregó una paráfrasis vibrante de Schiller y dos versiones de Lorenzo Stecchetti.

Quince son las poesías seleccionadas del volumen *Hacia nuevos umbrales* —1913—. Entre otras, allí aparecen *La muerte del lirio*; *Salomé*; *Cerca y distante* y *No ha muerto Pan*.

De *Pastorales y Jacintos* —1917— escogió el Poeta trece líricas. La selección es una de las más acertadas. Sólo siete poemas entresacó Brenes Mesén de su cuarto libro *Voces del Angelus*. El quinto volumen de líricas *Los dioses vuelven* —1928— fue el que dió amplio material para esta valiosa antología. Puede afirmarse que casi todo el libro fue seleccionado. Y es que, con él, empieza la nueva lírica de un bardo costarricense. Sin embargo, mayor verdad sería si dijéramos que esa nueva orientación poética que conduce hacia el Santo Grial se inicia en la sexta parte del libro que analizo. Lleva un título antinómico: *Divina Humanidad*. Son solamente siete poemas cortos. El único menos breve es el primero.

Hay, en las composiciones poéticas que ahora me preocupan, sencillez, naturalidad. Encontramos, además, la misma firmeza en el desarrollo del tema. Se inicia con un poema inspirado en las inolvidables leyendas de la Mesa Redonda. Precisamente en la que describe la pasión de Tristán, el valiente y de Isolda, la rubia de las blancas manos. Brangiana, la doncella culpable por error, vigila atenta el desfilar de las aguas silenciosas y profundas del Amor y de la Muerte. En ellas, al despuntar la aurora, han de naufragar las vidas de los amantes. Sobre el regazo de un silencio que arde, entona el himno a la sacra madre Noche, la enamorada suprema de la Nada infinita que todo lo contiene: lo de ayer y lo de mañana, lo de nunca y lo de siempre.

Le suplica que le revele —a ella, doncella ignorante— la esencia del Amor y de la Muerte. Le pide el secreto del elixir que prolonga la vida más allá de todo límite. Cree que amar hasta la muerte es no morir jamás. El Destino encierra sus arcanos en el filtro que la abnegada doncella ofrece sin malicia a los dos enamorados.

Despunta el día. Brangiana entona un nuevo himno, el de la aurora, la casta hermana de la noche. Para ella, el día es una de las múltiples facetas del diamante de la noche. La canción de Brangiana es el himno de los himnos del amor. Piensa, jubilosa, en las almas de Tristán, el valiente, y de la rubia Isolda, la de las blancas manos.

Hay en esta vigilia de la doncella —culpable sin quererlo— mucho simbolismo. Surge de esas estrofas lo que duerme oculto en el fondo de las almas; no se evidencia en forma clara sino por medio de un signo saturado del más generoso de los misticismos.

Viene en seguida, el elogio de la arcilla modelada en búcaro oloroso por el alfarero supremo. Al toque mágico del artista vemos cómo se transforma la arcilla en brillante zafiro. También se modifica en aroma delicioso. Y —¡el milagro más grande!— esa misma arcilla tiene resplandor de estrella. De polvo humilde está formado el hombre. Al conjuro misterioso del dolor y del amor — que también es dolor — su alma se transforma en zafiro, en aroma, en estrella.

Así como la fuente es eterna, el Artista boga hacia el fulgor eterno de un sol distante; es el reflejo de un dios que dentro de él dice: ¡Pienso! Y con el pensamiento va trazando una ruta, la mejor, la del Arte.

Conoce a Parsifal, el caballero que llevaba en el corazón una



Así
Visten
Ellas

LIDIETTE

ROJAS

Lucerito de la gracia irromando en los crepúsculos del sueño... Sonrisa del alba cantando su canción en la mañana... Ritmo, flor y luz...

(Foto Solano)



fiesta de canciones y de luz, el caballero silencioso, el Caballero de Jesucristo. No ignora la existencia del Grial milagroso. Siguiendo las huellas de Lanzarote, dirige sus pasos firmes y seguros hacia el palacio espiritual. Pretende acercarse a la mesa de plata en donde está la joya sagrada envuelta en una seda de color bermejo, rodeada de ángeles. Unos, provistos de incensarios. Otros, de cirios. Aquellos, traen accesorios para el servicio del altar. Uno, el privilegiado, lleva el símbolo sin segundo del Sacrificio de los Sacrificios: la Cruz.

Como Lanzarote no pudo ir más allá del umbral divino, así el Poeta se ve privado de tanta belleza. Siente, en el costado, un ansia cruel. No importa. Flamea su esperanza que es omnipotente.

Mucho pensamiento sutil hay en este libro de Brenes Mesén. Mucha emoción que contagia y que enaltece. Bellas formas. Curioso: contadas figuras. Recuerdo: la garganta de cristal de la fuente que canta baladas de su vida errante...; los surcos en donde la simiente se dormía...; enarenó la tarde sus senderos para los pies de la encantada noche...; se abrió el mirar nocturno de los cielos...; la costa, donde baña sus corceles el auriga de la Aurora...; incendió el azul celeste con el fuego de sus rosas...; la seda del telar de eternas Horas...; flamea mi esperanza como una tarde encendida en el hierro de una lanza...; las estrellas caen sobre el regazo de un silencio que arde...; el misterio guarda el agua del Hado...; tu azahar de silencio...; la carroza de la luz se columbra en el Oriente; de sus grandes yeguas albas los crinados cuellos fulgen...; las playas sin rumor del horizonte...; los dos fanales con que el tigre incendia su perversa acechanza en la colina...

Este libro es un alto en el camino seguido por el Poeta. Hay anhelo de descanso. Deseo de sumirse en un hondo misticismo provocado por un filtro rubio como el usado por Brangiana. Ha de servirle para comprender lo oculto y seguir adelante. En ascenso continuo. Estamos en 1935. No han de tardar los *Poemas de Amor y de Muerte*; *Rasur*; *En casa de Gutenberg* !

Con la simpatía de todos los momentos saluda al paciente Director de LA REPUBLICA,

LUZ DEL ALBA

El Víctor Hugo de André Maurois

Por RAMON SENDER



ANDRÉ Maurois ha publicado su último libro: "Olimpio o la vida de Víctor Hugo". Una biografía del gran poeta francés.

El título parece referirse sólo a una parte de la personalidad del poeta, ya que, según Hugo mismo, había cuatro hombres en él: Olimpio, que representaba la lira, es decir, el poeta; Hermann, el amante (un verdadero Don Juan); Maglia, la risa (el hombre orgiástico); y Hierro — en español — que era el hombre del combate. Maurois modestamente toma sólo en el título una cuarta parte de aquella procelosa personalidad. Pero, como es natural, en su biografía aparecen los cuatro Hugos, armoniosamente ensamblados.

Esta de la armonía es la primera cualidad, en Maurois. Lo mismo en sus novelas que en sus biografías. La misma discreción que hay en su persona de hombre de matices medios domina en sus libros. Esto es más sorprendente cuando trata de héroes tan extremistas como Shelley ("Ariel", 1923) o "Byron" (1930) e incluso "Disraeli" (1927), que no tenía nada de moderado ni ponderado. También en "Chateaubriand" (1938) y "Georgé Sand" (1952) es Maurois cuidadoso de las proporciones y en realidad ninguno de los héroes cuya vida ha escrito Maurois fue un tipo representativo de la prudencia ni de los matices medios. Al contrario, todos eran hombres de desafuero y de exceso.

Entre todos ellos ninguno tan

excesivo, sin embargo, como el abuelo Hugo, cuya personalidad llena toda la historia de la Francia de hoy y parece proyectarse también hacia el pasado para enlazar con las grandes figuras de todos los tiempos, hasta Rabelais y Villón. No hay que olvidar que las cumbres de la cultura humana tienen una atmósfera común en la cual parece que el tiempo no cuenta. Hugo, Rousseau, Montaigne, Shakespeare, Cervantes, Goethe, hablan un mismo idioma. Y si Voltaire parece moderno, Víctor Hugo puede parecernos antiguo.

Los temas de Víctor Hugo excedían los intereses inmediatos de su época y cuando eran temas políticos (cuando apostrofaba a Napoleón III, por ejemplo) no era un exilado político insultando a un déspota, sino Moisés en lo alto del Sinaí lanzando a la humanidad entera la vergüenza de su tolerancia y de su bajeza. Hugo creía de buena fe — por qué no? — que el poeta es el agente de Dios en la tierra. Desde luego, Hugo tenía algo de los dioses que esculpía Miguel Ángel en buen mármol duradero.

Eso es lo malo de Hugo: se tomaba tan en serio, que puede compartir con él la noción de su importancia sin sentirse arbitrario e injusto. Pero al mismo tiempo hay que reconocer que Hugo se amaba a sí mismo en el nombre de Dios: es decir, que en su manera de sentirse vivir había un cierto desinterés religioso, una sublimidad genuina.

Siempre sorprende, cuando leemos una biografía de Hugo — y las hay abundantes, aunque no tan autorizadas ni res-



ponsables como la de Maurois —, la primera mitad de la vida de Hugo en la cual el poeta en todo lo contrario de lo que más había de ser. Hasta los días sangrientos de la Comuna, Hugo se consideró un aristócrata. La protección de los reyes y su calidad de "par de Francia", autorizaba esa preocupación vulgar. Hugo que había nacido para destinos muchos más altos que los de un hombre rico y blasonado se sentía feliz recibiendo el pan de Versalles y haciéndose llamar vizconde, título otorgado a su padre en Madrid por el hermano de Napoleón en su corto reinado. "Pepe Botella" o "José Napoladrón", como lo llamaban en España, dió al general Hu-

go, padre del poeta, un título que le autorizaba a entrar en los servicios de gala de la corte. Nunca olvidó Víctor Hugo aquel título. Los españoles se lo disculpamos por la parte de romanticismo y amor a España que hay en su pintoresco vizcondado.

Porque Hugo adoraba a España. De nuestra historia y de nuestra leyenda extrajo la mayor parte de los temas de sus grandes obras teatrales. Españoles son muchos tipos inolvidables de sus novelas, comenzando por Esmeralda, la heroína de "Nuestra Señora de París". Hugo escribió páginas perdurables sobre la cultura hispánica y dijo que nuestro Romancero era un tesoro único en la historia de la cultura humana. Hugo reconocía en sí mismo la tendencia a lo absoluto del espíritu hispánico. Tenía también el amor de los alemanes por el símbolo moral y su aliento idealista. Hugo era por su origen familiar un teutón. Por elección, un español. Su naturaleza francesa era como una síntesis en la cual se hacía el milagro. El milagro francés que consiste en hacer comprensibles, asimilables, y contagiosas todas las locuras.

Es frecuente en Francia ese caso del hombre de genio con sangres mezcladas y orígenes no franceses. Montaigne era hijo de una judía española. Rousseau era suizo. Stendhal, que parece un francés típico, se envenecía de tener ascendencia ibérica y habla en sus memorias de una tía española "a la que debe su talento literario". (Yo no lo he creído nunca, pero es conmovedora la pasión de Stendhal por las culturas italiana y española). Hugo era de ascendencia alemana — remota —. Pero como digo, cuando el genio no es nativo de Francia asimila el espíritu francés y de esa asimilación viene el pequeño o gran prodigio de su obra. Hugo hablaba español y escribía en nuestro idioma los planes de algunos de sus dramas. También escribía en español las partes de sus diarios en las que se refería a sus amantes, para que su esposa o sus hijos no pudieran entenderlo.

El Hugo que se levanta sobre las páginas de Maurois es el mismo Hugo que amó, combatió, extendió por Francia y por el mundo las esencias de un liberalismo con tendencias socializantes y se erigió a sí mismo para siempre en príncipe de todas las Francias. Como decía antes, todo en Hugo es exceso y extremo. En su vida lo mismo que en su obra y en sus pasiones políticas. Tenía ya Hugo setenta y cinco años cuando su esposa y su amante oficial se lamentaba de sus escandalosas infidelidades. Cerca de los ochenta años separaba a una joven pareja que se preparaba al matrimonio y lograba enamorar a la novia. Todo esto podía ser resabio del romanticismo, pero era también ímpetu natural y ese exceso de salud que aparece en toda la obra de Hugo.

Sin embargo, es el maestro de los poetas más atentos a la ponderación y más esclavos de la perfección formal, como Raudelaire y el mismo Mallarmé. se atrevió a censurar a Hugo porque en una de sus composiciones había dos frases que tenían un sentido anfibológico no deliberado sino casual, y decía que un autor como Víctor Hugo, que sería puesto por ejemplo a las generaciones futuras,

LA PUBLICACION DE UN

ANUNCIO

EN TAMAÑO IGUAL A ESTE
3 Col. X 6"

EN TINTA DE COLOR O EN NEGRO Y BLANCO

CUESTA SESENTA Y TRES COLONES

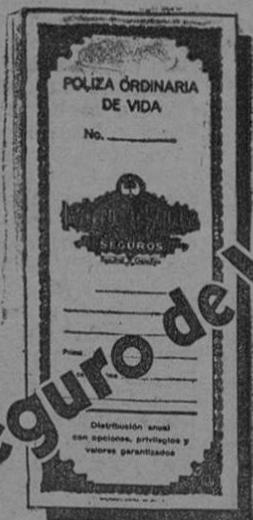
¢ 3.50 la columna por pulgada

Aproveche la amplia
circulación y el gran
interés de este

SUPLEMENTO ADEMÁS...

Un anuncio publicado
representa
un negocio bien llevado.

Su primer Bebé



Un Seguro de Vida!

HAY momentos en que la vida adquiere para nosotros una nueva significación llena de ilusiones y de gratas responsabilidades. Esos son los momentos en que debemos reflexionar seriamente en la forma de asegurar el futuro del nuevo ser que depende tanto de nosotros.

le garantiza bienestar económico a su bebé



Instituto Nacional de Seguros

tenía la obligación de ser perfecto en la forma. Pero Hugo tenía derecho a hacer prevalecer la abundancia sobre la exactitud.

Ese Hugo ejemplar a quien nadie se ha atrevido nunca a discutir, es el Hugo de la poesía. La misma clase de lectores difíciles que se ríen de "Los Miserables" y que censuran sabia y acremente "Nuestra Señora de París" o "Los Trabajadores del Mar", se rinden conmovidos al encanto de su poesía. Desde las "Orientales" hasta el último soneto, pasando por los acentos bíblicos de "Chatiments", hay en Víctor Hugo una riqueza de recursos líricos sin igual en la literatura francesa y, tal vez, ninguna

otra literatura. En los versos de Víctor Hugo parece que la lengua francesa muestra su jugosa madurez independientemente del genio del autor, como en un meteoro.

Al hablar de la perfección poética, se habla hoy de Mallarmé y de Baudelaire. Los dos están íntegros en el mejor Víctor Hugo, como también está en el Rimbaud, y, según propia confesión, Paul Valéry. Pero además, Víctor Hugo era popular, lo que no logró ninguno de esos poetas y quizá ningún otro poeta francés. Es consolador para los que temen que la poesía pura no alcance nunca a las multitudes recordar que por una reimpresión de un tomo de versos, Víctor

Hugo percibía ocho y diez mil francos, que en aquella época eran una fortuna. Los editores no daban ese dinero por altruismo y desprendimiento, sino porque sabían que en pocos días iban a agotar la edición.

Víctor Hugo tuvo grandeza en sus tiempos de aristócrata, de ser de Francia, de confidente de príncipes. La tuvo como *communard* y como agitador. Como desterrado y conspirador. Supo mantenerse en un plano de una dignidad sobrehumana con Sainte-Beuve, su rival en amores (el único vencedor) a quien propuso resolver el más difícil problema de su vida llamando a Adela.—Madame Hugo—y diciéndole que resolviera el problema y decidiera en-

tre los dos. Hugo aceptaría sin protestas, su decisión cualquiera que fuese. Pero Hugo, que no gozó de la fidelidad conyugal, conoció la adoración de centenares de mujeres, las más hermosas y codiciadas de París. Entre los Don Juanes del mundo literario y en general de la historia sin duda corresponde a Víctor Hugo el cetro. Un cetro más para quien los tuvo todos.

El libro de Maurois tiene la virtud de dejar que los hechos hablen y de referir las cosas más extraordinarias con el estilo coloquial frío y respetuoso que corresponde a un cronista de reyes. Porque Hugo ha sido para la Francia liberal una especie de nuevo e inspirado Carlomagno.